FRAY MOCHO

TRENTO
TRIESTE
PUEBLOS IRREDENTOS



Un aguilucho menos



LOS GENERALES DE FRANCIA



Gouraud.

El beso que salvó una vida

Romántica, en verdad, fué la manera que tuvo de encontrar mujer el famoso escritor Edmundo de Amicis, que murió hace años.

Desde sus primeras obras supo conquistarse las simpatías de sus compatriotas, a cuyos corazones sabía llegar con sus delicadezas y sus ternuras.

Un día, siendo todavía muy joven, recibió una carta de una señora en la que le manifestaba que hallándose a punto de morir, no quería irse de este mundo sin besar la mano del autor que con sus obras la había hecho sentir y disfrutar como ningún otro.

Amicis no perdió un minuto en acudir a la cabecera de la cama de la enferma, donde su presencia bastó para conseguir lo que no había logrado la ciencia de los médicos, o sea salvar la vida de la enferma.

Esta era joven, bonita e interesante: un año después se casaba con Amicis.

Los ángeles de los negros

Loie Fuller, la creadora de la danza serpentina, cuenta en sus "Memorias" que, hallándose en la Exposición Colonial de 1907, vió pasar un negro de colosal estatura, semejante a un príncipe de las "Mil y una noches", seguido de numeroso séquito. Todos los que le acompañaban vestían como él, pero ninguno tenía tanta majestad en su aspecto. Era el rey Djoloff, del Senegal.

Loie Fuller le fué presentada. Durante la conversación que sostuvieron, la bailarina le preguntó si estaba casado. A esto respondió afirmativamente diciendo que tenía cuatro esposas, y como Loie Fuller se mostrase extrañada de que viajase sin ellas, especialmente en un país donde había mujeres tan lindas, el negro se quedó mirándola y replicó:

—Para mis esposas no tienen ningún atractivo, ni son bellas las mujeres blancas.

Asombrada la bailarina, repuso que tal vez pensaran así porque nunca habían visto ninguna blanca.

—¡Oh!—dijo el rey.—Jamás tendrían celos de una blanca. Les parecería imposible que una mujer pálida me interesase.

—¿Y usted piensa lo mismo? ¿Está usted seguro? Si apareciese de improviso en su país, entre las negras una mujer blanca, con largos cabellos dorados, ¿no la tomarían por un ángel?

—¡Oh, no! Creerían que era un demonio. Los ángeles de nuestro paraíso son negros.

Donde se bautizan todos los años

En Laos, entre Siam y el Aman, es el único país del mundo donde hay gente que se bautiza todos los años. Esta gente son los bonzos o sacerdotes budistas, y con ello queda dicho que no se trata del bautismo cristiano. Pero la ceremonia, por su significado, tiene, en cierto modo, el mismo valor.

Todos los años, en las festividades con que los laotianos solemnizan el duodécimo mes, los bonzos deben purificarse de sus pecados. En un día señalado, acuden al patio de una pagoda, afeitada la cabeza, el torso desnudo o envuelto sólo en una tela ligera, y se sientan en torno de un gran recipiente de madera esculpida, lleno de agua perfumada con flores de ilang-ilang, y del cual parten, a modo de cañerías, gruesos tubos de bambú. El público devoto, hombres y mujeres, es el que los bautiza. Al entrar los fieles, los bonzos se arrodillan, y todo el mundo, deseoso de adquirir méritos a los ojos de los dioses, rivaliza en celo para bautizar a sus sacerdotes, recogiendo el agua con copas de plata cincelada, que vacían sobre la cabeza y las espaldas de los bonzos. Terminada la ceremonia, éstos son paseados en andas por toda la población, oculto el rostro tras un gran abanico de plumas.



Humbert.

FRAY MOCHO

Año VII — Buenos Aires 19 de noviembre de 1918 — Núm. 343

La Victoria

Más grandiosa aún que la que invocara en el grito de su agonía la víctima inocente clamando venganza, más definitiva que la que soñara el hombre arrancado de su hogar por la agresión de la barbarie, y la que hiciera anhelar en todo corazón honrado el martirio de Bélgica, la Victoria ha llegado. Es una victoria de la Humanidad sobre la parte infame de sí misma. El destino ha puesto todos los medios de la justicia y de la redención en manos de los Aliados. Nacen pueblos nuevos, se desmoronan castas e instituciones podridas, sagradas esperanzas abren las alas y se levantan magníficas en todo el mundo transformando espíritus y obras las ideas de libertad, igualdad, fraternidad. Y todo en un breve espacio de días en este estupendo momento histórico que promete un porvenir mejor.

Felices los pueblos que han sido, a costa de su sangre y de infinito sacrificio, los ejecutores del derecho, los defensores de la justicia. Serán amados y glorificados en todos los tiempos por todos los pueblos del mundo.

Nuestra posición internacional

Motivo de graves preocupaciones para todos los argentinos, en esta hora gloriosa en que por fin se consagra el triunfo del derecho en el orden internacional, mediante la victoria de los aliados, es la equívoca situación de nuestra política exterior, tan francamente equivocada desde el principio de la guerra y tan opuesta al sentir general del país.

No pertenecemos al grupo de los que auguran sombríos conflictos para el porvenir, de los que prevén choques irreparables con otros países de América, y se llevan las manos a la cabeza horrorizados del aislamiento económico que juzgan inminente, en represalias de una neutralidad dudosa o teñida de germanofilismo.

Por el contrario, sabemos que el patriotismo, jamás ausente de los verdaderos argentinos, ha de salvarnos a todos, a la nación que por boca de su parlamento y por las manifestaciones populares y periodísticas estuvo siempre a la altura de las convicciones tradicionales idealistas de la República, y a los que, en mala hora ofuscados, sabrán a su tiempo alejarse de la dirección política que no lograron orientar como aconsejaban la razón y los intereses permanentes de la Argentina.

Muy oportunamente, el comité nacional de la juventud, cuya magnífica campaña merece todos nuestros aplausos, ha formulado declaraciones categóricas en este sentido, y en breve el Comité Pro-aliados que preside el doctor Piñero y ya cuenta con tan valiosas adhesiones desarrollará el programa que ha de devolver a la República el concepto de que nunca debió despojársela.

Fray Mocho, que siempre creyó, en la victoria de la justicia como final de esta guerra bárbara a que el mundo fué arrastrado por el militarismo alemán, también cree hoy en el triunfo de la única política exterior argentina digna de tal nombre.

Paz

¡Bendita sea la paz que viene henchida de promesas de fraternidad humana! Ningún argentino, ningún hombre, puede ahogar el profundo regocijo que le emociona en esta hora solemne para los destinos del mundo, porque es no sólo el triunfo de una causa grande, sino también, y ante todo, el tiempo en que acaba la matanza bestial, la barbarie enloquecida, la guerra estúpida y cruel, el infinito dolor inicuo de la guerra. Los pueblos, armados de ideal se han levantado contra ella y han vencido a los glorificadores y los profesionales de la guerra. El mundo está harto de guerra y no sólo de ésta sino de todo el pasado sangriento que en los siglos ha destruído la solidaridad humana, la solidaridad que es condición única del progreso legítimo, de la felicidad verdadera. La suerte de un país está ligada a la de los demás, como en la suerte de un hogar la de todos los hermanos. Esta es la lección más grande de esta guerra. Francia ha triunfado porque la rodeaba la simpatía de los pueblos. Ha triunfado por el amor. Ha triunfado porque las ideas de libertad, igualdad y fraternidad la han llevado y la han mezclado con todos los pueblos, y cuando esas tres palabras estuvieron en labios de todos los pueblos, Francia se halló en medio de ellos, hablando un idioma común. Alemania, poseída de rencor y de desprecio para todo lo que no es alemán, se quedó sólo con lo que es alemán. Ved lo que ahora ocurre en París, que es la mirada de Francia: el pueblo pariense, exaltado y furioso en el tiempo de la agresión injusta, en el tiempo de la victoria se yergue en una actitud de admirable serenidad, en una dignidad tranquila y generosa, y no parte de él ni un sólo grito de odio feroz contra el vencido.

R. I. P.



—Parece que ha sido suicidio.

Una mala causa

Es curiosa la obstinación con que un grupo del magisterio bonaerense trata de desprestigiarse. De ese magisterio que según una antigua música celestial debe "formar el alma de nuestros hijos" no parte desde hace muchos años ni una sola manifestación idealista; dedícase, por lo menos la parte que figura y mete bulla, nada más que a reclamar aumento de sueldo. "¡Plata, plata, plata!" he aquí su programa profesional. Programa que acaba de tener una ligera variante, para peor. Se propone defender al Inspector General de Escuelas Nacionales en Provincias, destituído por el Consejo y pedir la intervención del Poder Ejecutivo en el Consejo Nacional de Educación.

Ahora bien, la verdad es ésta y no hay nadie que sea capaz de contradecirla con honradez:

El actual Consejo Nacional de Educación es una de las pocas autoridades nombradas por este gobierno que gozan de merecido prestigio en la opinión. Indiscutiblemente es el mejor cuerpo directivo de la enseñanza primaria que hemos tenido en los últimos tiempos. Uno de sus méritos, aparte de la honorabilidad personal de sus miembros, es el de haber alejado la influencia política de un organismo tan importante para la salud moral del país como es la enseñanza pública. Por el otro lado, el inspector destituído, que fué nombrado por ingerencia del Ejecutivo, es un politiquero subalterno, sin antecedentes recomendables, según dijo en el mismo seno del Consejo uno de sus miembros, y que en el breve tiempo que ha desempeñado el cargo ha cometido gravísimas incorrecciones, perfectamente comprobadas.

Y no hay nadie que, honradamente, pueda decir lo contrario.

La suciedad, como institución municipal

El intendente municipal, inventor del baño en una nota que los lectores pueden leer en los libros de chistes y cuentos baturros, enemigo personal de la Marsellesa y profesor de la Academia de Medicina por sus méritos, y, sobre todo por su competencia, ha realizado un experimento peligroso. Con motivo de la grippe de las 11, se dedicó a instruir a la población en ejercicios de higiene. Pero la población clamó súbitamente: —"¡Usted nos va a enseñar higiene? ¿Usted? Venga para acá, amigo: ¿ve esa calle, llena de montoncitos de basura? Bien; hay tres mil calles en Buenos Aires que están en las mis-

mas condiciones. Vea este plano de Buenos Aires: aquí, aquí, aquí, etc., hay aguas estancadas que ensucian barrios enteros. Son una Venecia en el último grado del atorrantismo. Los corralones municipales están convertidos en criaderos de moscas y laboratorios de fetidez. Los mismos corredores de la Intendencia tienen la cama tendida para la tuberculosis. Cuando empezó la grippe, hubo partes de la ciudad en que no se recogió basura durante dos, tres y cuatro días. En los hospitales municipales, faltan medicinas para curar a los que se enfermaron por la suciedad de la ciudad. Sepa, comprenda, persuádase y medite, que nunca estuvo la ciudad tan sucia. Límpiela, y una vez hecho este trabajo, que es lo primero, y demostrada su competencia para hacerlo, venga a darnos lecciones de aseo y de higiene. Aquí tiene la escoba.''

¡Qué población impertinente! No se sabe cómo puede haber sacado tanto orgullo de una ciudad tan sucia.

A CADA UNO LO SUYO

Si la República Argentina hubiera tomado parte activa en la guerra, como país beligerante, tal vez no hubiese sido mayor el júbilo y la alegría con que el pueblo de la capital acogió la noticia de la terminación de la sangrienta lucha. Apenas conocidas las primeras informaciones, estalló un alborozo general que en el acto se tradujo en entusiastas manifestaciones públicas, que han venido sucediéndose durante varios días con creciente vehemencia.

La fibra democrática de un pueblo libre no podía menos de vibrar intensamente ante el sagrado triunfo de la libertad y de la justicia entre los pueblos, inicuamente holladas en plena era de civilización; y por eso Buenos Aires ha ofrecido el hermoso espectáculo de mostrar sus compactas multitudes asociadas a nobles ideales y tributando el más ardiente homenaje a la victoriosa causa de la razón.

El paso de las banderas de los países aliados, o los acordes de un himno de libertad, provocaban constantemente grandes salvas de aplausos, y durante varios días se han llenado las calles de la ciudad con el eco de las ovaciones. Pero así como el pueblo ha demostrado su alegría y su aprobación por ciertas causas, también ha tenido oportunidad de exteriorizar su desagrado y su protesta por determinados motivos. En el primer caso usó las palmas, y en el segundo se valió de los pitos, elementos de expresión con los cuales se hace entender elocuentemente.

En la lista negra popular, o, como si dijéramos, en el índex de la democracia, habían sido inscriptos dos colegas vespertinos, situados en la Avenida de Mayo, sindicados como germanófilos, y a ellos les fué copiosamente adjudicada la sibilante sanción aludida, cuando pasaron frente a sus residencias las columnas de manifestantes.

En cuanto al calibre de la silbatina, sería necesario reunir las provocadas por todos los gallos salidos de los tenores consagrados, y todos los golletazos recetados por los matadores de toros de cartel, para igualarle en magnitud.

''Tú lo quisiste, fraile mostén...''

¡OJO, DOCTOR KOLMO!



Lo que pasó al descubrir que su despertador era de marca alemana.

EL CÉSAR MALDITO

¡Kaiser! sobre una inmensa pirámide de muertos
soñaste alzar un trono cual nuevo Tamerlán,
pero esa gran montaña caerá sobre tus yertos
despojos, sepultando tu satánico afán.

¡Cómo ha de ser horrible tu sueño en los despiertos
insomnios de tus noches, cuando las sombras van
a comerte los ojos, y a mover los abiertos
sepulcros, donde nunca tus muertos dormirán!

Son mujeres y ancianos masacrados; visiones
de niños mutilados que apuntan sus muñones
sangrientos hacia el cielo en trágico ademán...

y pasarán los siglos, cerrando la sombría
fauce de los abismos sobre la tierra fría,
mas tus abiertas tumbas nunca se cerrarán!

¡César! ¡maldito seas!, ¡que tú seas maldito
mil veces!; tú pudiste evitar la brutal
masacre, y no lo hiciste y llevaste al Delito
contra Dios y los hombres, a un término infernal.

Un solo gesto tuyo pudo apagar el grito
de las hordas dementes del delirio ancestral,
¡y callaste! y ese es tu crimen inaudito...
¡tu crimen y tu bárbara infamia sin igual!

¡César!, ¡maldito seas!, ¡que tú seas maldito
mil veces!; no bastara la muerte al infinito
agravio; ni mil muertes saldarían el mal...

Mil vidas tú debieras tener, y no sería
bastante para el odio, que en gozar tu agonía,
cada día, quisiera que fueras inmortal!

¡Guillermo de Alemania!... Tu espantosa demencia
ya no será otra cosa que espantosa expiación,
cuando el Tiempo declare tu infamia, y la insolvencia
de tu Imperio, en el fallo que será sin perdón.

Como en el drama fuiste la impávida inconsciencia,
no podrás hacer tuya la frase de Nerón;
¡mal actor, que ni al Crimen sabes dar imponencia!...
¡la Muerte ha de silbarte cuando caiga el telón!

¡Guillermo de Alemania! ¡Abominado sea
para siempre tu nombre! ¡que tu estirpe se vea
dispersa por el mundo sobre la maldición!...

¡Que crezcan las espinas donde poses tu planta!
¡Que al fin la Cruz de Hierro se cierre a tu garganta,
y hunda su garra el Aguila Negra en tu corazón!

Angel FALCO.

(De nuestro difundido colega ''Crítica'').

La enfermedad de los metales

Los metales tienen sus enfermedades, como los organismos vivientes y, como en éstos, el microscopio revela las lesiones y perturbaciones de los metales. En 1895, un accidente ferroviario provocó viva emoción en Inglaterra. En las cercanías de la estación de Saint Neots un tren expreso saltó fuera de la vía. Hubo muchos heridos. Un primer examen demostró que el descarrilamiento se debía a la ruptura de un riel. Este se halló quebrado en diez y siete puntos. ¿Por qué se había quebrado? Fué designada una comisión de técnicos para esclarecer el punto. Como todas las comisiones, ésta procedió con sensata lentitud: sólo al cabo de cuatro años produjo su informe. La conclusión fué que el accidente no tenía nada de tal en el sentido estricto de la palabra: era el resultado de una enfermedad del riel. El acero con que se fabrica los rieles se compone de ferrita, es decir, de hierro puro y de perlita, que es una mezcla de ferrita y de cementita—esta última es un carburo de hierro, una combinación de hierro y de carbono. La perlita, que debe hallarse en cierta proporción, se forma mejor en el metal enfriado lentamente. En el acero endurecido por el temple no existe perlita; es reemplazada por martensita, por fibras cristalinas entrelazadas, y esta martensita es muy dura, tan dura que carece de suficiente flexibilidad. Se comprobó que en el accidente de Saint Neots, el riel culpable tenía la superficie de contacto con las ruedas formada por una capa de martensita. Esta superficie se encontraba llena de grietas, de pequeñas heridas, más abundantes cerca de los travesaños, lo que se explica por la dureza del metal y por

UN ERROR ENORME



Creyeron que Dios hacía ésto: Daba bombones envenenados a los chicos franceses.



Suprimía a las enfermeras.



Apaleaba al belga.



Ayudaba al kromprinz en el transporte de objetos de valor.



EN EL DEPARTAMENTO DE

CONFECCIÓN SEÑORAS

saldaremos durante esta semana, todos los Vestidos que quedan de la colección de modelos puesta en venta la pasada quincena. Se trata de Vestidos de gran actualidad, que se realizan a precios inverosímiles, para efectiva consecución de nuestro enunciado propósito de renovar quincenalmente los modelos de confección señoras.

LA GRAN EXPOSICIÓN DE

SEDERIAS Y TEJIDOS

de verano que Gath y Chaves celebra, es de una suntuosidad sin precedentes. La selecta serie de Novedades exclusivas que se exhibe, pone de manifiesto el refinado gusto y empeñosa labor de nuestros compradores en Europa, que no sólo han sabido vencer las enormes dificultades del momento, sino que han superado con sus actuales envíos las más sobresalientes colecciones remitidas en épocas anteriores. Los precios, siempre de acuerdo con la tradicional modicidad impuesta por Gath y Chaves. Las señoras deben visitar esta Exposición, seguras de hallar en ella verdaderas primicias.

The South American Stores

Gath & Chaves Ltd.

Anexo: Av. de Mayo, Perú y Rivadavia...
Casa Central: Florida y Cangallo.



Moldes "VOGUE"

EXACTOS y NOVEDOSOS

PIDA EL CATALOGO ESPECIAL.

ESTÁ EN VENTA LA REVISTA "VOGUE" EN CASTELLANO.

PRECIO DEL EJEMPLAR $ 1.20 m|n.

ANTEAYER EN BERLIN



El padre, con orgullo.—¡Qué lindo soldado alemán habría sacado el kaiser!

la resistencia presentada por los travesaños, unida a la leve flexión que entre éstos debía producirse naturalmente bajo el peso de los vagones. Esta martensita se había producido gradualmente. No databa de la época de la fabricación del riel. Era un tejido de formación reciente, un tejido formado bajo la influencia de traumatismos reiterados, bajo la influencia de las fricciones debidas al patinaje resultante de la operación de los frenos. Bajo la influencia de un calentamiento violento, seguido de un enfriamiento rápido, la capa superficial del riel se había modificado y su estructura alterado,—como ocurre en la epidermis de un animal o de un vegetal sometida a frotamiento o golpes frecuentes — y el riel, al adquirir mayor dureza, había adquirido al mismo tiempo mayor fragilidad. Por un mecanismo análogo, por una modificación patológica del mismo género, pueden ser explicados muchos accidentes de ferrocarril.

Los metales son muy sensibles al calor. Lo demuestran los estudios micrográficos de los metalúrgicos. Pero el calor, que es un agente capaz de enfermar a los metales, puede al mismo tiempo mejorar su salud. Los aceros peligrosamente cristalizados por el calor, son curados también por el calor, sometiéndolos a temperaturas de 870 a 900 grados seguidas de enfriamiento lento. Este baño de calor con enfriamiento gradual destruye su fragilidad, el "recocido" destruye los cristales gruesos que debilitan al metal; en lugar de las células grandes quedan pequeños cristales finos que dan al metal más solidez y un grano más fino. Por lo demás, hay en los metales mismos, como en los organismos, resistencia a la enfermedad. Hartmann lo ha demostrado estirando varillas metálicas hasta hacerles superar su límite elástico e infligirles un alargamiento permanente. Si se opera un nuevo alargamiento, la estricción se produce en otro punto de la varilla, lo que indica que la resistencia ha aumentado por efecto del agente patógeno.

Así como están sujetos a la enfermedad, los cuerpos brutos están, como los organismos, sujetos a la acción de los venenos. Jean Becquerel ha demostrado que los anestésicos paralizan la emisión de rayos N. en los cuerpos brutos del mismo modo que

TURF PRUSIANO



Grey Fox II

en los cuerpos vivientes. La arena se adormece bajo la influencia del cloroformo, exactamente como el animal, y en este sueño la radiación queda suprimida. Hay cuerpos que envenenan los metales y los paralizan en cierto modo: el silicio, el manganeso, el fósforo, el plomo, el bismuto. Este último envenena al cobre, aun en dosis de 0,05 partes por 100. El carbono y el hidrógeno son también venenos para el cobre. Según los experimentos de Bose, diferentes venenos obran sobre la materia considerada inerte, de la misma manera que sobre los músculos. Pero se puede curar esos accidentes, sobre todo por el calor. El calor desempeña un papel enorme en la vida de los cuerpos brutos, así como en la de los organismos: la diferencia es solamente de grado.

VARIGNY.

—¿Y qué hizo la concurrencia cuando dijiste que jamás habías pagado un peso por un voto? — preguntó uno.

—Algunos aplaudieron, pero la mayor parte empezó a perder interés.

zanas grandes arriba! — exclamó la señora, con cierto acento de protesta.

El frutero repuso:

—Sí, señora; es para evitarle la molestia de revolver en el cajón.

LOS PIES MONUMENTALES

—Me está deshaciendo la fila con esos tremendos pies — gritó el sargento al recluta. Póngalos en línea; un poco más atrás.

—No son míos; sargento — repuso el interpelado — son los de ese que está detrás de mí.

CLUB FEMENINO DE LITERATURA

Un grupo de damas había fundado un club literario, para celebrar sesiones de comentarios artísticos, a cargo de mujeres. El marido de una de ellas tenía muy escasa confianza en la com-

LAS IDEAS NUEVAS



—¡No, no te soltaré mientras no me prometas devolverle el peso que le quitaste y pagarle una indemnización de cuatro pastillas de goma!

ARGUMENTO DECISIVO

—Señor, por favor, — exclamó el mendigo — deme una limosnita... tengo a mi mujer enferma.

—Siento mucho, pero no puedo; no tengo cambio. Mañana le daré.

—Mañana será demasiado tarde.

—¡Oh!, ¿de veras?

—Sí, señor: mañana mi pobre mujer estará mejor...

¿NO SE LE HA OCURRIDO ESTO?

—Papá — dijo el niño — esta tarde fuimos con tía al cementerio y nos pusimos a leer las inscripciones de las lápidas. Hay una cosa que no me explico.

—¿Qué cosa?

—¿Dónde entierran a los malos?

DOS OPINIONES

El hombre que había sufrido un accidente, por el cual demandó a la compañía de ferrocarril, se encontró con un amigo. Este le preguntó:

—¿Cómo? ¿Todavía llevas muletas?

—Sí, el médico me ha dicho que puedo ir sin ellas, pero el abogado dice que debo llevarlas.

POCO INTERÉS

Dos candidatos hablaban sobre sus trabajos electorales.

DEL DIARIO DE UN SOLDADO ALEMÁN

Lunes. Llovió mucho y el teniente Muller se emborrachó.

Martes. Los ingleses empezaron a cañonearnos. El teniente Muller estaba un poco más borracho.

Miércoles. Los ingleses nos bombardearon con mayor energía. El teniente Muller se caía de borracho.

Jueves. Nos dieron orden de atacar. Desde su escondite el teniente Muller nos gritó que avanzáramos.

Viernes. Nada.

Sábado. Nada.

Domingo. El teniente Muller recibe la Cruz de Hierro.

LOS TESOROS MODERNOS

—¿Qué estás leyendo?

—Algo sobre un tesoro enterrado.

—¡Siempre cosas novelescas!

—No; instrucciones para sembrar papas.

RAZONABLE SUPERSTICIÓN

—¿Cree usted que es malo que haya trece personas a la mesa?

—Sí; dado el precio de los artículos...

UN COMERCIANTE ATENTO

—¡Usted ha puesto todas las man-

petencia femenina en tales asuntos y preguntóle:

—¿De qué trataron en la última sesión?

—Discutimos los antecedentes de esa mujer, de cara atrevida, que se pinta el cabello y que acaba de mudarse frente a lo de Rodriguez, y creo que hablamos también de un poeta, un tal Shakespeare.

La neutralidad nos ha deprimido en el presente y nos condena al aislamiento en el futuro. Esta es la obra del gobierno.

*¿Por qué no publicó el gobierno "todos" los telegramas de Luxburg? El pueblo quiere conocer esos telegramas y saber **por qué se ocultan documentos que deprimen el honor nacional.***

Comité Nacional de la Juventud

LA TERCERA BATALLA DEL MARNE



Alemania se hunde por tercera y última vez.

(De "Chicago Tribune".)

Puchitos

El hierro que hay en nuestro organismo es tan importante para su existencia que si se le suprimiera los pocos gramos que posee se produciría la muerte inmediata.

Al disminuir un poco la proporción de ese metal en la sangre se ocasiona la anemia y la asfixia.

También la planta, privada de hierro, se vuelve clorótica, como la mujer se vuelve anémica.

El agua, que constituye más de la mitad del peso de un hombre, está muy desigualmente distribuída en el cuerpo: el marfil de los dientes es casi seco (tiene 10 por 100 de agua); pero el esqueleto contiene más agua de lo que se cree: el 48 por 100. Tres cuartas partes del peso del cerebro y los músculos están representadas por el agua; la substancia gris contiene 85 por 100 de agua. Con la edad disminuye la cantidad de agua en el cuerpo humano: el recién nacido tiene 70 %, el niño 66 %, el adulto 59 %y el anciano un poco menos.

Durante la sequía que desoló este año la región del Cabo, había en una pradera cercana a la ciudad de este nombre un cartel que decía: "Pasto excelente a tres chelines y seis peniques por semana para caballos de cola corta." La razón de este precio especial para determinados animales es la de que los caballos de cola larga pueden espantar las moscas y comer tranquilamente, consumiendo, por consiguiente, una buena cantidad de pasto, mientras que los de cola cortada, atormentados por los insectos, vagan de un lado a otro, y se pasan el día casi sin comer.

En 1882, cuando llegó a Italia la noticia de que Guillermo Oberdan había sido condenado a muerte por los austriacos a causa de su patriotismo, se constituyó en Boloña una comisión presidida por Carducci, con el propósito de erigir un mármol a la memoria de Oberdan.

Por suscripción pública proporcionó los fondos necesarios para erigir un busto del mártir en el salón de la Sociedad Obrera Boloñesa. Sobró una pequeña suma que fué depositada en un banco y destinada a adquirir una bandera para un cuerpo de voluntarios itlianos que, con el ejército, vengara el asesinato de Oberdan y entrara con ella en las tierras irredentas. Al entrar Italia en la presente guerra, se hizo confeccionar una hermosa bandera de seda con el nombre de Guillermo Oberdan bordado con oro. Es de esperar que esa bandera flameará pronto sobre los pueblos redimidos.

Se ha comprobado que las semillas de ciertas plantas, cuando caen en suelo desfavorable para la germinación, pueden permanecer vivas para germinar en condición propicia, durante más de medio siglo.

ANTES DE LA ABDICACION, SEÑOR IRIGOYEN



Alemania.—¿1.250.000 norteamericanos en Francia? ¡Ah, pillo! ¡me ha estado engañando!

(De "Dallas News".)

Es por demás sabido que la domesticación de los animales que el hombre utiliza produce, en definitiva, la degeneración de la especie domesticada. Ni aun los insectos escapan a esta fatalidad cuando el hombre los explota. Las hembras del gusano de seda cultivado no son aptas para el vuelo de que se valen en estado natural; sus alas atrofiadas tienen de la cuarta a la décima parte del tamaño normal y en las razas cultivadas por larguísimo tiempo no son más que un par de muñones. Si el hombre no les procurara alimento esos insectos perecerían.



Un frigorífico gigantesco

Las necesidades del ejército norteamericano en Francia en abastecimiento de boca y de vestir han sido aseguradas mediante una vastísima organización de fábricas y depósitos, modelos en su género, e instalados en tan grandiosas proporciones que seguramente podrán servir de guía y de plantel para la reorganización de las industrias francesas después de la guerra.

Uno de esos depósitos, que tiene el nombre de "General intermediate supply Depot", ha sido instalado en Gievres, pueblito situado en el extremo sur del departamento de Loire-et-Cher. Allí se encuentra el mayor depósito norteamericano de carnes de frigorífico. Ha sido edificado en menos de seis meses sobre los terrenos ocupados antes por un bosque cruzado por una importante carretera. A ambos lados de ésta se levanta actualmente en una extensión de doce kilómetros una ciudad de madera y de cinc donde vive y trabaja todo un pueblo de obreros y empleados, compuesta por norteamericanos, negros, anamitas y chinos, que en total constituyen una población de 12.000 hombres.

ECOS DEL SEPELIO DEL PLEBISCITO



En la salita de armas del concejal socialista Enrique Villarreal (x) tuvo lugar el jueves último el "five o'clock café" ofrecido a un grupo de camaradas y periodistas. Sin discursos ni alusiones fúnebres a los adversarios. Fueron de la partida los señores José Ronco Oliva, Alberto Salis, Octavio Palazzolo, Esteban Jiménez y Víctor Huergo. — Nota de la redacción: el señor Villarreal hace esgrima al solo objeto de conservar su línea estética. Consuélese, concejal Poggi: no le van a pinchar como a ídem a lo spiedo.

En el camino principal hay un ir y venir continuo de automóviles, de camiones, de motocicletas, de columnas de negros o de chinos que van al trabajo. En las bocacalles vigilan los "policemen" de uniformes norteamericanos.

Entran continuamente en los galpones centenares de carros cargados de mercaderías, que llegan directamente de los Estados Unidos y son inmediatamente distribuídas a la zona de la guerra, donde se encuentran las tropas yanquis o a los campamentos de instrucción.

En esta ciudad improvisada llama particularmente la atención un grupo de galpones más amplios que los demás. Son los del frigorífico gigantesco que contiene cien mil cabezas de ganado, sacrificado en los mataderos del Oeste norteamericano. ¡Cien mil cabezas de ganado: carne para alimentar a tres millones de hombres durante diez días! Y este frigorífico, de capacidad tan colosal, ha sido edificado en cuatro meses.

El gobierno norteamericano ha designado para dirigirlo a un gran exportador de carnes congeladas de Chicago.

En este frigorífico se emplea, por día, más de 6.000 bloques de hielo, hechos cada uno con 150 litros de agua. Como la fabricación industrial del hielo exige el empleo del calor, en una de las cámaras del departamento en que se fabrica el hielo reina una temperatura constante de cerca de 60 grados. La sala es inmensa, y doce grandes calderas, que producen la energía para las máquinas frigoríficas, devoran constantemente carretillas de bloques de carbón. En un departamento contiguo se hallan las máquinas productoras de montañas de hielo. Son cerca de cuarenta. Constantemente salen de ellas los bloques de hielo, que son llevados en carretillas que se mueven mecánicamente a los depósitos de la carne. Estos están constituídos por una galería de cerca de trescientos cincuenta metros de largo por media cuadra de ancho. En el centro y a lo largo hay un edificio interno dividido en cinco grandes cámaras frías. A ambos lados corre una vía férrea. En esas cámaras se deposita la carne. Esta viene directamente de los Estados Unidos. En los mataderos norteamericanos los animales son sacrificados, limpiados y desollados eléctricamente, sin que ninguna mano toque la carne. Cada animal es dividido en dos partes, que son envueltas en una tela. Todas estas operaciones duran menos de cinco minutos. Ganchos suspendidos agarran automáticamente las reses y las depositan en vagones frigoríficos. Estos trenes las llevan a los puertos, donde los esperan vapores frigoríficos que transportarán la carne a Francia. Inmediatamente de llegar a puertos franceses otros trenes frigoríficos llevan las reses hasta el interior mismo del depósito de Gievres. En el depósito la carne no permanece más de tres días, pues, como hemos dicho, es un centro de distribución, pero en esos tres días pasan por él, regularmente, cinco millones de kilogramos de carne congelada.

Como casi todas las operaciones son hechas mecánicamente, una treintena de personas bastan para el funcionamiento de ese admirable servicio. En las cámaras frigoríficas reina una temperatura de 18 grados bajo cero por término medio. Puede descender hasta 40 grados bajo cero. Por consiguiente, los obreros que trabajan en ellas están vestidos de gruesas pieles como los exploradores polares.

Es curioso el aspecto interior de esas cámaras: además de los bloques de hielo que se amontonan en el suelo, hace más intenso el frío un sistema de cañerías que conducen amoníaco y que se ven cubiertas de escamas de hielo. Las reses son dispuestas en estanterías, desde el suelo hasta el techo. Diariamente llegan cargamentos de carne y diariamente parten de los depósitos para el frente trenes cargados de carne.

Y lo más admirable de esta organización gigantesca es que el frigorífico de Gievres no es el único instalado por los norteamericanos en Francia. Se sabe que hay otro, o dos más, semejantes, de los cuales, por razones explicables, no se ha dado información al público.

LAS CONCESIONES DEMOCRATICAS EN ALEMANIA



El pueblo alemán.—Los amos me sonríen y me halagan... ¿qué estarán por hacerme?

"FRAY MOCHO"

EL SEÑOR EZIO BELLELLI

El martes último, la nueva empresa de FRAY MOCHO, constituída por un núcleo de comerciantes y periodistas, ha designado a uno de los propietarios, el señor Ezio Bellelli, antiguo gerente del Banco de Italia y director actual de la casa Radaelli, con amplias facultades para dirigir la marcha administrativa del periódico. Es una excelente noticia que nos apresuramos a comunicar a nuestros lectores y al comercio en general, ya que el solo nombre de persona tan conocida en el mundo de los negocios y de las finanzas, es una garantía de nuevas jornadas de prosperidad en la marcha de FRAY MOCHO, que ahora más que nunca sabrá responder al creciente favor del público.

La paz no; la victoria

Vemos que algunos diarios hablan de que Buenos Aires festeja la paz, y esto es tan enormemente inexacto que no puede pasarse en silencio.

Buenos Aires festeja la victoria.

Si la paz hubiera llegado por el triunfo alemán, no la hubiera celebrado Buenos Aires.

Si **Italia, Francia, Inglaterra**, etc., hubieran sido aplastadas, **Buenos** Aires, sin cometer el más negro pecado de ingratitud, no hubiera podido aplaudir.

Hubiera sido colocarse una soga al cuello.

Todos nos alegramos de que la paz venga a normalizar la situación mundial, pero nos alegramos porque la paz ha venido por caminos de victoria y justicia, que de otro modo, con el éxito alemán, la paz hubiera sido la que puede haber bajo un tirano.

Las naciones aliadas, en las horas adversas, no hablaron de la paz, no la quisieron, ni menos la solicitaron.

No quería Buenos Aires, ferviente aliadófila, otra paz que la de la victoria, de la entrega alemana y ésta es la que tenemos.

No se festeja la paz; se celebra la victoria.

Es muy esencial que no se olvide esto, porque el olvido importaría no menos que una mistificación del verdadero sentir y pensar de nuestra ciudad.

(De "El Diario".)

Sangre humana de agua de mar

La sangre humana y en general la de todos los animales presenta mucha semejanza con el agua de mar en cuanto a las sales que la componen, lo que apoya la teoría de que los primeros organismos vivientes de que descendemos, vivían en el agua de mar y ésta constituía la parte líquida de su cuerpo. Lo cierto es que el agua de mar convenientemente dosificada, puede ser inyectada en el cuerpo humano sin producir efectos perjudiciales al organismo, sino, al contrario, saludables al punto de que enfermos de anemia, de sangre empobrecida o que han sufrido graves hemorragias, se restablecen y cobran vigor mediante la inyección de agua de mar, que al parecer se incorpora al organismo como si fuera sangre. Los primeros experimentos al respecto fueron hechos con perros. Se inyecta al animal, muy lentamente, es decir, durante varias horas, una mezcla de 83 partes de agua de mar y 190 partes de agua destilada. Esta agua diluída que puede ser introducida en cantidad aun mayor que el líquido sanguíneo que contiene el cuerpo del animal, realiza un lavado completo del organismo y no va acompañada de ningún accidente. Los riñones del perro conservan el equilibrio eliminando rápidamente, a medida que penetra la inyección, que en total puede llegar a representar más de la mitad del peso del animal. El perro, que elimina normalmente 150 gramos de orina en doce horas, al realizarse la inyección elimina 10 kilogramos, sin fatiga, sin accidente, mientras la vivacidad y el bienestar evidente del animal atestigua la excelencia del agua de mar diluída como "medio vital". Después del experimento la salud del perro parece mejor que antes.

Se puede también inyectar agua de mar diluída después de una sangría abundante, una sangría que ocasionaría la muerte si no se interviniera a tiempo. Se introduce en las venas tanta agua de mar como sangre se ha perdido. La sangre es así renovada en parte, o mejor dicho, reemplazada por el elemento marino. Esta operación produce igualmente resultados benéficos: pocos días después de ella la sangre del que la ha sufrido contiene mayor proporción de hemoglobina. Hace ya años que el Dr. Quinton recomendó este tratamiento marino "para algunas enfermedades"; no consiste, decía, más que en inyectar en las venas o bajo la piel, agua de mar muy pura, recogida lejos de las costas, mezclada con agua destilada, y, como esta última, perfectamente esterilizada."

SE LES ACABÓ EL DULCE DE LECHE, VON VIROLA GÓMEZ



Los fugitivos.

HOMENAJE A JULIO VON QUESADA



("Hasta los quince años los jóvenes irán descalzos, aunque sus Bases sean mayores que las de Alberdi, von Pancho Cruz.")
—¡Qué tupé!: quiere hacer creer que tiene quince primaveras.

La glicerina cristalizada

En 1867 fué remitido de Viena a Inglaterra un tonel de glicerina. Una vez abierto, se halló todo el líquido solidificado en agujas cristalinas. Jamás se había presenciado este fenómeno. Se debe al frío y a las sacudidas del viaje, opinaron algunos. Pero resulta que durante muchos años habían sido transportados en largos viajes millares de toneles sin que en ninguno se produjera la curiosa transformación. Por el estudio de esos cristales se comprobó que se disolvían a una temperatura de 17 o 18 grados; pero la comprobación más sorprendente fué que cualquier glicerina líquida se cristaliza al poco tiempo si se introduce en ella un pedazo de esa glicerina cristalizada que fué proporcionada por la casualidad. Desde entonces se posee el medio, que la industria emplea para purificar esa substancia, de hacer cristalizar a voluntad cualquier glicerina y se lo conservará mientras se tenga la precaución de mantener en una temperatura apropiada a esos cristales que pueden producir otros semejantes y dotados de la misma propiedad. Pero toda la glicerina cristalizada desaparecería del mundo si los cristales llegaran a sufrir una temperatura superior a 18 grados.

PAGINAS OLVIDADAS



Las tonadilleras del teatro internacional.—Germania pierde la voz; España empieza a cantar fuerte.

El arte de excusarse

Frederick Lemaitre, el ilustre actor francés, olvidó una noche el papel. Pero con este accidente no tenía nada que ver la falta de memoria que los médicos llaman amnesia, y que al producirse puede paralizar momentáneamente a los actores; la causa de todo era la embriaguez vulgar y degradante. El público que conocía el defecto del actor se enfadó aquel día y le silbó estrepitosamente.

Frederick Lemaitre se incomodó a su vez, y afirmando su insegura marcha se acercó a la batería y gritó con voz formidable:

—¡Sois unos imbéciles!

Dicho esto se retiró con aire altanero, mientras que los espectadores enfurecidos se precipitaban al escenario amenazando linchar al cómico.

A fuerza de insistir, el director de escena consiguió que Lemaitre accediera a excusarse, pero como su carácter no le permitía humillarse, su mordacidad proverbial le hizo excusarse de este modo:

—Señores, he dicho que sois unos imbéciles. Es cierto; os pido mil perdones; no es así.

El público no comprendió el sentido de estas palabras y aplaudió a rabiar, sin notar que Lemaitre sostenía su afirmación.

DRAMA VULGAR

Horas hacía que avanzábamos lentamente, arrastrados por dos robustos caballos hechos ya a aquellas inusitadas fatigas a bordo del extraño vehículo, mezcla de bote, trineo y carro, sobre la inmensa, la implacable sábana de agua con que la inundación cubría los feraces campos del este de la provincia de Buenos Aires, en una extensión de mil leguas cuadradas.

Nublado y ceniciento estaba el cielo, y una luz difusa reinaba en el ámbito silencioso, entristeciendo más el monótono paisaje.

Bajo el toldo de breack agregado a la popa de la embarcación hecha con simples tablones de pino, planos en el fondo, arqueados en las bordas para formar una a modo de proa, y rectos en la parte de atrás, como si se tratase de un cajón o una batea, Julio y yo sentados en un banco cubierto con nuestros ponchos, navegábamos en dirección a los médanos que corren a lo largo de la costa del Atlántico, junto a la ensenada de Samborombón. Pancho, mocetón criollo de diez y ocho años, manejaba la yunta, sentado en una tablita en el espacio triangular de la proa, y apenas llegábamos a algún albardón en que la poca profundidad del agua permitía emprender el trote, veíamoslo envuelto en una aureola de luminosas y fugaces salpicaduras.

Nos habíamos cruzado con uno que otro vehículo semejante al nuestro, y con varios botecitos manejados a botador y hasta a vela; los pobres que no pudieron huir habían debido adaptarse a aquel medio anormal, y los hacendados más o menos pudientes no podían alejarse mientras quedara un esfuerzo que hacer para salvar los comprometidos restos de sus haciendas.

El afán de hacer una tentativa más en tal sentido, era lo que conducía a Julio a su estancia del médano. Yo lo acompañaba como simple turista, deseoso de ver de cerca la extensión de la catástrofe.

La conversación, animada en un principio, fué decayendo a medida que nos alejábamos de Dolores internándonos más en aquella desolación, hasta que, por último, guardábamos completo silencio. Aquella tranquila, aquella plácida crueldad de la naturaleza, infundíanos una especie de terror vago e íntimo que oprimía el corazón y anudaba la garganta.

Todo el campo, hasta donde alcanzaba la vista, hasta la línea indecisa del horizonte, esfumada por tenues vapores, a la derecha, a la izquierda, adelante, atrás, ofrecía el mismo aspecto presentando apenas uno que otro accidente topográfico, la espalda verde claro de alguna lomada libre todavía, o la mancha negruzca de algún albardón, pisoteado y enlodado por los animales refugiados en él para prolongar su agonía. El agua, hipócritamente oculta bajo el "camalote" verdoso o rojizo, había nivelado todo lo demás, con su rasero implacable y devastador. Sólo aquí y allá, revelando la posición de una casa, un puesto o un simple rancho, veíanse como suspendidas entre cielo y tierra las copas de algunos árboles, azules a la distancia. Del "camalote", de entre los juncos, de los espartillares, salían volando bandadas de patos, blancos cisnes, presuntuosas gallaretas, toda una fauna acuática que se solazaba en los limpiones, brillantes como espejos.

Las aves, los anfibios, los insectos, los reptiles y los moluscos, reinaban en aquella región, pocos meses antes poblada de vacas y de ovejas. Bandadas de gaviotas, de gansos, de chajás, de garzas, de flamencos, cruzaban volando sobre nuestras cabezas, como en una fiesta, como acudiendo desaladas a la servida mesa del banquete. Una legión de golondrinas bailaba una danza complicada y vertiginosa, cazando mosquitos; lo único que se escuchaba era un hervor vago, un susurro compuesto por el correr del agua, el zumbar de los insectos, el fermentar de las plantas muertas, cortado de vez en cuando por el silbido de algún pato, el graznido de algún ganso, el trino de algún pajarillo aventurero.

Y juncales, y espartillares estaban sembrados de nidos llenos de huevos. El agua había derogado las leyes habituales, creando otras nuevas, y la infatigable naturaleza había restablecido, sin detenerse a meditar siquiera, el equilibrio de la vida.

Era ya la hora del apetito, adelantada un tanto por el madrugón, el aire libre y el día fresco.

El disimulado horror del cuadro no pudo lograr que Messer Gaster olvidara sus derechos, y no impusiera su soberanía.

—Supongo que tendrás ganas de almorzar—dijo Julio rompiendo el largo silencio.—Yo también. Pero es mejor que nos lleguemos a aquel rancho, ¿lo ves?, donde están los tres saucecitos. Aquí, a bordo, no podríamos tomar nada caliente, y "misia Pepa", nos dará unos matecitos con yerba de matar ratones.

—Pero estamos muy lejos todavía...—objeté.

—No creas. Los árboles son bajos y muy pelados; por eso parece que están lejos. ¡Pancho!—ordenó—vamos a casa de misia Pepa.

El muchacho obedeció, haciendo describir al bote un arco de círculo que quedó marcado con ancho rastro en el "camalote", como estela singular en que danzaban rotar las plantas acuáticas, e hizo que los caballos se internaran en el abra de un amarillento y alto espartillar cuyas tupidas varillas limitaron nuestro horizonte a unos cuantos metros, irguiendo sus puntas erizadas sobre el agua tranquila, a trechos limpia de vegetación, y azulada y luminosa como una lámina de acero. El abra corría casi en línea recta hacia los sauces, y en su canal profundo nadaban bufando y resoplando los caballos.

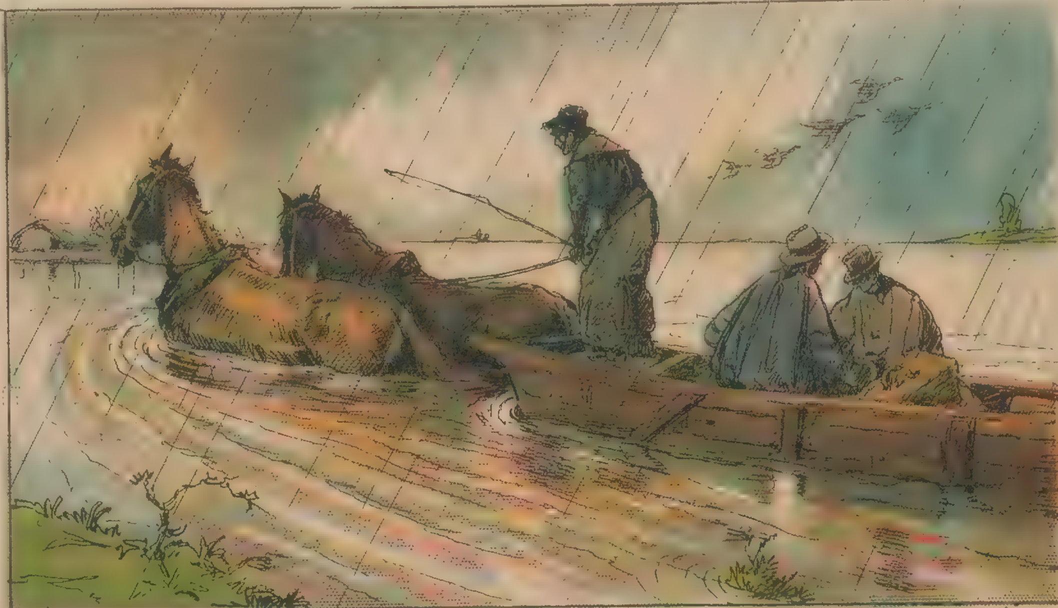
Media hora duró la travesía. Por el enrejado que formaban las últimas varas del espartillar, menos compactas ya, divisé el rancho sobre un islote verde apenas elevado.

Tres sauces raquíticos, árboles crecidos sin el cariño ni los cuidados de los habitantes, por casualidad y a la ventura, bebían con el extremo de sus lacias ramas el agua de la inundación, a la orilla del islote en cuyo centro levantábase el viejo rancho de paja y barro, de techo ceniciento vencido ya por los años y bajo cuyo alero apenas se distinguía el negro y estrecho boquete de la puerta sobre la obscura, sucia y abollada pared. Unas cuantas gallinas vagaban por el islote, picoteando el suelo. Un perrillo lanudo comenzó a ladrar desaforadamente en cuanto nos vió, levantando la cabeza hacia el cielo, como para tomarlo por testigo de nuestra audacia, y hacer que sobre nosotros cayera toda la responsabilidad de lo que iba a acontecer. Dos lanchitas chatas y sin pintar, hechas con cuatro tablas y otros tantos clavos, hallábanse varadas en la orilla.

—Cinco minutos más, y estamos en el rancho. Misia Pepa debe tener visitas, pues hay dos botes varados—dijo Julio.

—Pero, ¿qué misia Pepa es esa?—pregunté.

—¿Misia Pepa? Pues, sencillamente, misia Pepa es una vieja criolla, muy vieja y muy criolla, con sus ribetes de curandera y sus puntas de bruja, según los que le tienen mala voluntad. Hace muchos años que vive sola en ese ranchito, sin temer a Dios ni al diablo, y gana más de lo que necesita para comer, haciendo tortas, lavando ropa, y embaucando a los paisanos más infelices que ella con sus pretendidas curaciones maravillosas; es un tipo bastante curioso; ya verás.



Estábamos a muy corta distancia del islote, cuando un hombre joven, robusto, pelirrojo, de barba abundante y revuelta, roja también, cubierto con un ancho chambergo, y vestido con bombacha de lienzo y camiseta de algodón a cuadros de colores, salió del rancho, agachándose para no tropezar con el alero, tiró al pasar un puntapié al perrillo, metióse en una de las lanchas después de empujarla al agua, y dando un vigoroso golpe de botador—una caña tacuara,—se acercó a nosotros. Al mismo tiempo una borrosa figura de mujer, medio agazapada, apareció en el hueco de la puerta, pero no se dignó salir a recibirnos, aunque necesariamente nos viera ya muy bien.

—¿No es Juan el nutriero?—preguntó Julio, señalando el hombre que se nos acercaba.

—Sí, señor, es Juan.

—¡A ver!, parémonos un poco.

El bote se detuvo y dirigiéndose al individuo en cuestión:

—¿Cómo va, amigo?—gritó Julio.

—Bien no más, don Julio. ¿Cómo quiere que me vaya?

—Y, ¿por dónde anda ahora?

—Ahí, por el médano, p' a' lan del cangrejal, nutriando.

—¿Hay mucha nutria?

—Mucha, señor, y está mansita.

Seguía empujando la lancha con el botador después de haber virado hacia el este, y se alejaba cada vez más de nosotros. Por fin se perdió entre otro espartillar.

Nuestros caballos jadeaban por el esfuerzo que habían tenido que hacer nadando tanto trecho, así es que Pancho les dió un "resuellito" antes de hacerlos andar los pasos que nos separaban del islote.

La fisonomía del cazador de nutrias me había causado profunda impresión. Como el cabello, grueso y lacio, que le caía sobre la frente, como la barba revuelta y ruda que le cubría casi todo el rostro, éste era de un rojo acentuado, y sin necesidad de verlas adivinábanse las innumerables y anchas pecas que lo salpicaban dando mayor dureza aún a sus prominentes pómulos, a sus ojos pequeñitos y penetrantes, a sus pobladas e hirsutas cejas. Era todo un tipo, aunque no tan excepcional como pudiera creerse.

Entre nuestros paisanos suelen presentarse bastante a menudo ejemplares así, y los que le conocieron afirman que el mismo Juan Moreira—colocado ya en la categoría de prototipo gauchesco—era pelirrojo y ancho de cara, no de enjuto y ascético rostro moreno y cabellera y barba nazarenas como nos lo presentan en la novela y en el teatro.

—¡Mal bicho!—dijo Julio.—No le conozco todavía ninguna barrabasada, pero es tan antipático que de repente hará cualquier atrocidad, estoy seguro...

—¡Vaya!—interrumpí—es lo que uno cree de cuantos no le agradan, aunque sean unos infelices. Acuérdate, si no, de Pedro González, aquel muchacho tan bueno y tan feo que estaba con nosotros en el colegio y a quien los maestros secaban a penitencias, aunque nunca hiciera nada, mientras la mayoría de los condiscípulos lo zurraban... por feo...

—Así será—replicó Julio.—Pero éste no sólo es feo: mira mal, también.

Me encogí de hombros.

—¡Ave María!—gritó Julio acercándose a la puerta del rancho seguido por mí.

—¡Sin pecado concebida!—contestó desde dentro una voz desapacible y chillona.—Pasen adelante, si gustan.

Entramos casi doblados en dos para no darnos un golpe en la cabeza. El rancho, cuya única abertura era aquella puerta, estaba tan obscuro que nada vi en un principio, fuera de las brasas del fogón hecho en el suelo y en que se calentaba la infaltable "pava" de agua.

—Asientesé—agregó la voz agria.

Volviendo entonces la vista hacia el lugar de que partía, alcancé a distinguir un bulto más negro que la negrura ambiente.

—Siéntate Jorge, ahí tienes una cabeza de vaca—dijo Julio acercándola con el pie; y luego agregó, dirigiéndose a la vieja:—Y, ¿cómo dice que le va, misia Pepa?

—Muy bien, gracias a Dios, y pa lo que guste mandar. ¿Y qué anda haciendo por acá, don Julio, si no es demasiada curiosidad?

—Voy a la estancia, con este amigo, y hemos bajado para almorzar unos fiambrecitos que traemos y a pedirle un matecito para asentarlos.

—¡Cómo no! ¡Vaya, pues, con el mayor gusto!—exclamó la voz chillona; y oímos que la vieja se movía buscando algo sin duda.

Entretanto, el muchacho había transportado la canasta de provisiones—pollo asado, sandwichs, jamón, queso, pan, agua de aljibe y vino de Burdeos—a los que llevamos irresistible ataque, a tientas y sólo guiados por el olfato primero, por el paladar después.

Misia Pepa se ocupaba de reanimar el fuego con toda suerte de infernales combustibles, dándonos humazo como si fuéramos vizcachas, y con humo tan denso y tan acre que me hacía llorar grandes lágrimones.

Terminado el almuerzo y servidos los primeros mates—cuya yerba merecía efectivamente la calificación que le diera Julio—o yo me acostumbré al insoportable sahumerio de la leña de oveja, o, convertida en brasa, dejó ésta de producir tanto humo. Lo cierto es que comencé paulatinamente a vislumbrar algunas cosas de las que en el rancho había.

Un rato después pude examinar a mi sabor a la vieja paisana. Apergaminada, muy flaca, tenía los dedos largos y nudosos, y los negros bracitos—según lo que alcanzaba a verse por la manga de la bata—como sarmientos envueltos en pergamino ahumado. Los ojillos negros, como cuentas de azabache, le brillaban allá muy en el fondo de sus obscuras órbitas, bajo espesas cejas duras y entrecanas, límite de una frente estrecha y surcada de arrugas terrosas, de la que arrancaba el pelo crinudo, mate canoso. La nariz de gancho avanzaba descendiendo sobre una boca de labios delgados y descoloridos, vueltos hacia adentro por falta de dientes y aureolados por innumerables y polvorientas arrugas. Las mejillas hundidas parecían una vieja vejiga de vaca a medio deshinchar, y de la mandíbula aguda, como un par de cortinas colgaba el pellejo a ambos lados de la nuez.

Estaba en cuclillas, y al cebar el mate las manos le temblaban como un haz de ramitas secas, sacudidas por el viento. Ni aun allí dentro abandonaba el arratonado pañolón negro, con que cubría sus greñas, a trechos negras como tinta, a trechos cenicientas, a trechos amarillas como vellón de oveja, en las que ni la poca luz del día que entraba por la puerta, ni los rojizos y móviles resplandores del fogón iban a quebrarse con el menor reflejo brillante.

Aquella figura tenuamente iluminada así, por dos luces distintas, fría y azulada la una, cálida y danzante la otra, destacándose sobre el fondo bituminoso del rancho, era un cuadro completo, digno de un vigoroso pincel.

A cada instante, levantando ambos brazos, la vieja se arreglaba el pañolón, adelantándolo sobre la frente, lugar en que no quería quedarse. El movimiento, completamente maquinal, resultaba matemático como el de un autómata: debía ejecutarlo desde muchos años atrás, ya sin darse cuenta de él, para entretenimiento de las desocupadas manos.

Lanzábanos rápidas ojeadas con sus ojillos relampagueantes, sin fijar, sin embargo, la vista en nosotros.

y bajando la cabeza hacia el fogón en cuanto la mirábamos a nuestra vez.

Pero nadie hubiera deducido de ese manejo que fuera timida. Al contrario. Me hizo el efecto de un ser indefinible, muy poco humano, casi en los linderos de la animalidad, silvestre, arisco y desconfiado, en cuyo estrecho cerebro debian campear todas las supersticiones, todos los mezquinos y brutales instintos primitivos, una de esas brujas criollas medio indias, cuyo ascendiente, se extingue más cada vez, pero que un dia no lejano fué poderoso entre los gauchos sencillos, dispuestos a creer en todo lo sobrenatural, por espíritu poético y simplicidad de alma.

—¿No me has dicho que la señora es médica?—pregunté a Julio.

—Asiste y cura, efectivamente. ¿No es así, misia Pepa?

—De juro.

—Y lo más curioso es que cura sin remedios, sólo con palabras, ¿no es verdad?

—Así será, pues, con ayuda de Dios y de la Purísima—contestó la vieja.—También curo con agua.

Como lo dijo con cierta displicencia, comprendí que no me habia captado aun su confianza lo bastante para continuar el interrogatorio. Y mientras Julio le pedia noticias de los alrededores, en que la inundación continuaba haciendo estragos, me puse a observar a mi alrededor.

El interior del ahumado, obscuro y sórdido rancho nada tenia de particular para los que conocen esas rudimentarias habitaciones; en el rincón más lóbrego una cama hecha con palos y cueros sin curtir, revuelta y sucia; en las paredes, cubiertas de hollín y telarañas, colgaban lazos trenzados, maneadores de cuero crudo, lienzos, alguna prenda de vestir; una tablita sostenía platos de loza grosera y jarros de hojalata; en el suelo el fogón, un banco y tres o cuatro cabezas de vaca para sentarse.

Lo culminante era, sobre una cómoda negra, probablemente de jacarandá, pues aun tenía algunos suaves reflejos a pesar de la mugre que la cubría, una gran imagen al cromo de la Purísima Concepción, en un marco de papel picado de colores, con los ángulos de oropel, todo punteado por innumerables estigmas de las moscas, menos la imagen misma, cuidadosamente defendida con un pedazo de tarlatán color de rosa desvanecido ya y manchado.

En la puerta abierta, pendiendo del dintel y atrayendo todas las moscas de los alrededores, se veía el negro cuerpo de una nutria desollada, oreada y ya rígida como si fuese de palo. Probablemente acabaría de llevarla el nutriero pelirrojo.

Por la única abertura del rancho entraba el reflejo verde claro de un pedacito de tierra cubierto de abundante yerba y limitado a las pocas varas por el agua de la inundación. Uno de los sauces surgía del agua clara que se arrugaba en torno del tronco, al correr lentamente.

—¿Y cómo se anima a vivir aquí, tan sola?—pregunté por fin a la vieja.—¿No tiene miedo a la inundación?

Vide muchas como ésta, y pior. Y a más, ¿ande quiere que vaya, a servir de estorbo? Mejor estoy en mi rancho...

—Pero, ¿no puede faltarle qué comer?

—¿A mí?—¡Di ande! Mire, a'i tengo una bolsa de máiz y un paquetón de yerba. Antes que eso se acabe, ya habrá bajau l'agua. Tamién tengo mis gallinitas; fuera de que hay güevos de gallareta a montones por todos laus, y no tengo más que salir en la lancha para enllenarla, si quiero. A más, los paisanos siempre me tráin algún regalito, como esa nutria...

—¿Y no tiene hijos, señora?

—M'hijo murió p'a la regulución del ochenta...

—¿No le queda más familia?

—Un' hija, Petrona. Se fué con un mocito, un gringo, hará diez años... No he güelto a saber d'ellos... La indina juyó una noche, sin decirme nada, y de balde la hice campiar por la policía, aunque no me guste meterme con milicos ni comisarios... mala gente. ¡Quién sabe ande han ido! El gringo tenía su pasar... A la cuenta áura tendrán hijos grandecitos...

—¿Y usted desearía conocerlos, no es así?

—¿A qué santo? Solita y mi alma he vivido; solita y mi alma me puedo morir tambien.

No habia en su acento ni la menor sombra de emoción, cual si se tratara de personas extrañas, por completo indiferentes.

Un hijo muerto, una familia diseminada, la soledad, la vejez, la muerte trágica que podia acecharla en medio del drama de la inundación, nada hacía asomar a los ojillos brillantes de la vieja un poco de ternura, una chispa de sentimiento o de temor.

Julio conocía en todos sus detalles la historia de misia Pepa, y viendo que me interesaba, especialmente oyéndola de sus labios, la preguntó:

—Tengo entendido que antes de la fuga de Petrona usted tuvo algo que hacer con el que se la llevó, ¿no es cierto?

La vieja tuvo una desabrida y pálida sonrisa.

—Sí, no vivía en el pago; era gringo, además, y yo no quería que me sonsacara a la muchacha, que me ayudaba mucho. Ansí, una noche que iba venir al rancho, lo aguaité cuando estaba más descuidado en la tranquera hablando con Petrona y le di una güelta de lazazos con aquel mesmo arriador, mire, lo conservo porq'era del finau m'hijo. El gringo de balde sacó el cuchillo y quiso atropellarme. El arriador es largo y no me lo dejé acercar... Me la juró, dijo que se l'iba a pagar, como si quisiera matarme, montó a caballo y se jué... Pero dende que me robó l'hija, ya se las hi pagau, ¿no?... Aura el nutriero que vino esta mañana dice que el gringo anda pu'aquí... No sé. No le tengo miedo tampoco...

—¿Y cuánto tiempo hace que vive sola, misia Pepa?

—Ya le dije, pues: diez años pa este verano... Pero ya ve que he vivido...

—Y hasta creo que ha ganado platita—observó Julio.

—Algunos riales pa un sí acaso, sí, don Julio. Pero me puedo morir l'he dicho a Juan, el nutriero, ¿sabe? ande los h'escondido pa que se los mande a Petrona. Anque'es un'indina, al fin es m'hija, y ¿a qué santo si han de perder?

La hora más calurosa de la siesta habia pasado y teniamos que continuar el viaje. Pancho, que habia permanecido sentado en un rincón escuchando sin meter baza, se levantó a una orden de Julio para ir a atar los caballos. La vieja continuaba cebando mate, interminablemente, revolviéndolo de vez en cuando con la bombilla y sacando un poco de yerba que echaba en el fogón, para renovarla. Y siempre en esa postura de ídolo agazapado, en cuclillas como si aquella fuese su posición más natural y cómoda.

Yo, entretanto, sentado en una cabeza de vaca, no sabía ya dónde poner mis piernas entumecidas de pueblero.

Me levanté y comencé a dar lentos paseos por el rancho, cuyo techo bajo tocaba con el sombrero en que se iban depositando guirnaldas de telarañas. La imagen cubierta de tarlatán rosado me hizo detener de pronto, y recordé que la vieja curaba con palabras y con agua fría.

—¿Cómo hace para curar los enfermos, misia Pepa?—le pregunté.

—¿Y cómo he de hacer? Cuando viene el enfermo—y anque no venga es lo mesmo si viene un pariente o un amigo,—le rezo a la Virgen unas cuantas avemarias asigún l'enfermedá, y después quemo tres pelos del cogote del enfermo, mezclaus con incienso, o más pelos, asigún también. Cuando es rumatismo, tengo que rezar seis avemarías y quemar seis pelos que han de ser del cogote, porque de no, no sirven. Y entonces digo unas palabras.

—¿Qué palabras?

—No puedo decirle: es un secreto.

—¡Ah, entonces!... ¿Y sanan los enfermos?

—¡Ya lo creo! Sanan qu'es un gusto... Juan el nutriero, qu'estuvo hoy, tenia un rumatismo feroz de andar en l'agua... Aura como si nada, y eso que siguió nutriando... Es muy agradecido, y siempre me trai algún osequio. ¡Tamién lo que sufría cuando lo curé!

—¿Cuánto cobra por curación, misia Pepa?

—¿Yo?... Nada, pues. Lo que me quieran dar. Algunas veces me train una gallinita, otras me dan plata, dos pesos, tres, asigún.

—¿Según qué?

—¡Asigún como anden los pobres! Porque casi todos los que vienen pa que los cure no tienen ni un rial. Los ricos se van a que los maten los dotores.

—Y para curar con agua, ¿cómo hace?

—Igual no más. Ha de ser agua recién sacada del pozo dispués de valdiar tres veces, rezando padres nuestros y avemarías p'ahuyentar al malo, y eso a la nochecita, cuando no hay luna ni tampoco está nublau. El enfermo tiene que tomarla en ayunas, persinándose antes.

—¿Y cura también el agua?

—¡Lo mesmo que las palabras!

Los caballos estaban atados y la lancha pronta para entrar al agua. Llegó el momento de la despedida.

—Bueno, misia Pepa, será hasta otra vista—dijo Julio tendiéndole la mano que ella estrechó con la suya negra y descarnada.—Tenemos que irnos ya, para estar esta misma tarde en el médano y ver el canal de desagüe que han abierto junto a la estancia.

—¡Ah, vaya!—exclamó la vieja, mirándome al soslayo.—Ya habia maliciau que el señor era ingeñero...

Aquella "malicia", coronamiento de la silenciosa curiosidad de la vieja hacia mi persona y mi presencia en aquellos parajes, me hizo sonreír.

—Y, dado el caso que lo sea, ¿en qué ha sospechado que soy ingeniero?—pregunté.

—En el antiojo, pues.

Era un aparato fotográfico que llevaba colgado del hombro, y que parecía vagamente un anteojo.

—¡Ah, es claro!... Bueno, misia Pepa, será hasta pronto. Mil gracias por sus atenciones y sus matecitos.

—No hay de qué darlas. Adiosito. Adiós don Julio y no se pierda. Acuerdesé de los pobres...

Nos embarcamos en la lancha y el mozo castigó los caballos; una fuerte sacudida nos hizo tambalear en el asiento y la embarcación, penetrando en el agua, comenzó a guiñar suavemente, arrastrada por la yunta envuelta en un nimbo de salpicaduras que cegaban al cochero y quebraban junto a nosotros la luz del sol, pintando en la superficie del agua efímeros arco iris sucesivos y borrosos.

Yo no volvía de mi sorpresa de ver aquella anciana débil y desamparada, viviendo sola y sin temor en medio del campo devastado, amenazada por la inundación y por la posible falta de recursos, y así se lo observé a mi compañero.

—Hay muchas, pero muchas como ella en toda la extensión del país—me contestó.—La criolla vieja nunca teme nada, y menos aún cuando sabe que la creen un poco bruja. Es un carácter curioso: desde que cesa de ser mujer, la criolla se convierte en un verdadero marimacho, terrible sobre todo cuando la maternidad no dulcifica un tanto sus asperezas. También es cierto que nunca, ni cuando moza, ha sido muy mujer. El padre primero, el marido más tarde, la tratan siempre como cosa, como instrumento de trabajo exclusivamente el uno, de trabajo y de placer al propio tiempo el otro. Y ese placer, que podría afinarlas, enternecerlas, queda anulado como influencia en tal sentido por el trabajo, y cuando ya no le restan ni esperanzas de gozarlo, ¿qué extraño es que exterioricen como única característica las partes egoístas intolerantes y hasta vengativas de su individualidad? El sexo frustrado. como todo fracaso total de una vida, irrita, provoca el odio, más o menos visible, más o menos puesto en acción. No hay que sorprenderse, pues, de la especie de inversión que has notado en misia Pepa...

Seguimos navegando hasta la caída de la tarde, desembarcando y reembarcándonos en las pocas lomadas que sobresalían del agua y en las que pastaban cabizbajas y mustias, devoradas por la sarna que les desprendía los sucios vellones, las ovejas que habían podido salvar de la inundación. Al ponerse el sol, muy rojo, entre grandes fajas amarillas, estábamos en el médano, y a pocos pasos de la estancia. Hicimos el resto del camino a pie.

...Cuatro dias después, bajo una lluvia torrencial, emprendiamos el regreso hacia Dolores. Era muy de madrugada y la red de la lluvia ocultaba y borraba completamente el paisaje. ¡Tanta agua en el suelo, tanta en las nubes, tanta cayendo aún! Era aquello el diluvio? ¿Iba esa hermosa región aluvional de la provincia de Buenos Aires a verse trocada en el mapa por las tintas azules que representan océanos, mares y lagos? El viaje fué triste. Ni Julio ni yo teníamos ganas de cambiar una palabra, invadidos por una melancolía casi dolorosa. El había perdido millares de ovejas y centenares de vacas finas. Pero no era sólo la pérdida material lo que le tenía así: era sobre todo la vaga sugestión de aquella catástrofe, la penosa expectativa de sus ulterioridades para propios y extraños, terribles a juzgar por aquel espantoso comienzo.

Pasaron las horas lentas y monótonas, sin que nos acordásemos siquiera de almorzar, aunque lleváramos, como la otra vez, la canasta repleta de vituallas. Al cruzar entre algunas vacas escuálidas que metidas en el agua hasta la barriga ramoneaban las puntas de la gramilla pertinaz que habia logrado tender sus tallos hasta la superficie a pesar de lo inadecuado del nuevo medio que se le ofrecía, los pobres ojos adormecidos y tristes, mientras de sus belfos húmedos colgaban grandes hilos de baba: no nos hacían el favor de un mugido, ni trataban siquiera de apartase, aunque fueran lo que se llama "hacienda brava", "chúcara", acostumbrada a andar entre el cangrejal y los lagunones, lejos, más lejos que cualquier otra de la presencia del hombre.

Así llegamos hasta cerca del rancho de misia Pepa. Vimos los sauces tristes y achaparrados cuando ya estábamos a un paso de ellos, pues la lluvia continuaba ocultándonos todo. Muy cerca, un bulto negro boyaba en el agua entre un gran manchón de camalote.

—¿Qué es eso, Pancho?—preguntó Julio.

—No sé, señor; no me doy cuenta—contestó el muchacho.—Parece ropa.

—Vamos a ver, acerquémonos.

Pero los caballos, al cambiar de rumbo, perdieron pie y comenzaron a nadar bufando. Estaban muy fatigados por la larga etapa, y tuvimos que renunciar al propósito de acercarnos, porque, de lo contrario, correríamos el riesgo de no poder contar con ellos para llegar aquella tarde a Dolores. Seguimos, pues, hacia el rancho.

—No sé qué espina me da ese bulto—murmuró Julio, mirándolo a medida que nos alejábamos.—Ropas por aquí. Es extraño... ¡Bah! Las habrá arrastrado la corriente.

La inundación había crecido. La llegada de las avenidas lejanas, del Norte, del Oeste, del Sur, había elevado notablemente el nivel de las aguas. Cuando llegamos junto a la tranquera, vimos que el islote había desaparecido por completo. El agua entraba por la abierta puerta del rancho y lamía traidoramente las paredes de barro y paja para engañarlas y derribarlas mejor. De más parece decir que el rancho estaba abandonado.

¿Qué había sido de misia Pepa? ¿Había escapado en su bote para refugiarse en el pueblo, como era natural?

No le faltaba valor para ello, como no le faltaba para ninguna otra cosa a la azotadora del gringuito que le había robado la hija. Además, contando con aquella embarcación, había tenido sobrado tiempo para salvarse con todos sus trebejos, sus gallinas, ropas e imagen de la Virgen.

Pero es el caso que el bote estaba allí, atado al sauce, meciéndose bajo la brisa y llenándose de agua con la lluvia torrencial.

Un ruidito que salía del árbol nos hizo levantar la cabeza: en sus ramas estaban las gallinas hambrientas...

—Me intriga esto—dijo Julio.—Vamos a ver...

Y levantándose del asiento, pasó la pierna sobre la borda y se metió en el agua. Yo lo seguí.

El rancho estaba tal cual lo habíamos dejado, sólo que las cabezas de vaca parecían haber rodado más que de costumbre, arrastradas sin duda por el agua que llenaba la habitación hasta diez centímetros de altura. Todo estaba en su sitio, los maneadores, los lazos, el arreador, las prendas de vestir, los platos y jarros; la imagen de la Virgen... No, la vieja no podía haberse marchado.

—Vamos a ver el bulto negro—dijo Julio sin más tardanza.—Ya me decía el corazón que aquello era algo...

Era, como lo temíamos sin habérnoslo dicho, el cadáver de la vieja curandera, al que llegamos exigiendo de los pobres caballos un esfuerzo que los dejó temblorosos cuando salimos a las aguas bajas llevando el cuerpo a remolque.

El rostro de misia Pepa estaba azul. La muerte había sido violenta. Los pellejos del cuello presentaban manchas violáceas, huellas indudables de gruesos y fuertes dedos.

¿Quién la había asesinado? ¿El raptor de Petrona? ¿Duraba tanto el odio? ¿Había preparado durante tanto tiempo la venganza, cumplida diez años después de la ofensa?

—¡Estos extranjeros suelen tener el alma atravesada!—exclamó Julio.—Pero afortunadamente podemos dar buenos informes a la policía, y el crimen no quedará impune; así es mejor, aunque se trate de una vieja no muy apreciable que digamos..¿Pero qué es esto?

Las manos crispadas y nudosas de misia Pepa, fuertemente cerradas y apretadas, tenían cada una un mechón de pelo rojo, que el agua había apelmazado.

No cabía duda, Julio y yo nos miramos, y una misma exclamación brotó a la vez de nuestros labios.

—¡El nutriero! La ha asesinado el nutriero para robarla.

¿Qué íbamos a hacer? El problema se nos presentaba obscuro. ¿Dejaríamos el cadáver allí entre el agua, sobre el catre del rancho, o lo llevaríamos a Dolores? Lo primero era casi contribuir a la impunidad de un crimen imperdonable; lo segundo condenarnos a bien triste compañía en aquella jornada ya penosa de por

LA VICTORIA DE LOS ALIADOS



Una de las numerosas manifestaciones que espontáneamente se formaron en las calles de la capital, el lunes 11 del corriente, al conocerse la noticia de que Alemania había firmado el armisticio, suceso que despertó de inmediato el entusiasmo popular, exteriorizado en los más calurosos homenajes hacia la causa de las naciones aliadas. La columna en la Avenida de Mayo, al desfilar frente al edificio de nuestro colega "La Prensa"

sí. Pero un sentimiento de solidaridad humana nos hizo optar por el segundo temperamento.

—Almorcemos, sin embargo, antes de embarcar el cuerpo—sugirió Julio.—Ya ha pasado con mucho la hora de almorzar y hay que hacer por la vida, aunque se esté frente a la muerte.

Almorzamos en silencio con poquísimo apetito, excepto Pancho, cuyas juveniles mandíbulas no perderían su fuerza y su eficacia por ninguna catástrofe del mundo, y en seguida, emprendimos todos tres la fúnebre tarea de embarcar el cadáver en la embarcación, pues en las partes bajas sería imposible llevarlo a remolque. Cubrímoslo luego con nuestros ponchos y llenos de malestar continuamos la marcha. Pancho, visiblemente pálido, miraba de vez en cuando hacia atrás, como si temiera ver moverse el cadáver o como si le incomodara su vecindad.

Apenas llegados a los suburbios de Dolores corrimos a caballo, por las calles convertidas en pantanos, para dar a la policía, sin pérdida de tiempo, cuenta de nuestro triste hallazgo y las infundadas sospechas que abrigábamos respecto al autor del crimen.

El comisario dió las órdenes e instrucciones del caso, y la pesquisa se inició inmediatamente.

Pocos días después, Juan, el nutriero pelirrojo, en quien tanto confiara misia Pepa, entraba en un calabozo de la policía local.

Lo habían hallado en un islote entre el médano y la costa, en compañía de otros cazadores de nutrias.

Cuando lo prendieron, mostróse sorprendidísimo, jurando y perjurando que no tenía cuenta alguna con "l'autoridá".

Pero se le encontraron veinte pesos en el bolsillo, procedentes de la venta de cueros, según afirmaba: los cueros estaban en el islote, húmedos todavía, sin que se hubiese vendido ninguno, tal fué la declaración de los compañeros de Juan, tomados de improviso. También declararon que éste había faltado todo un día del islote, en la fecha probable del crimen, volviendo mucho después de anochecido, y sin una nutria. Al regresar, cerca del rancho de misia Pepa, un vigilante encontró el perrito ahogado, con una piedra atada al pescuezo. El asesino le había dado muerte, sin duda para evitar que con sus aullidos llamara la atención sobre el rancho abandonado.

Pero Juan se empecinó en afirmar que no tenía la menor noticia de la curandera. Después, hostigado por el comisario, y como revelase cosas de que sólo se acordaba por asociación de ideas, echó mano del plan de defensa que había preparado: contó los incidentes que mediaron entre la vieja y el que le había robado la hija, las amenazas de este último, su presencia en los alrededores...

Muchas cosas quedaban sin explicación, pero él no se inmutaba, encastillándose en su plan.

—Si no he casau ese día, es porque la nutria anda muy perseguida y principia a estar matrera.

E insistía en su acusación al gringuito.

—¡El no más ha 'e ser! Esos gringos tienen el alma atravesada...

O cambiaba de táctica para suponer:

—Quizá se haiga muerto sola... A esas adivinas es difícil que las mate un cristiano...

Pero el comisario tenía preparado su golpe de teatro para hacerlo confesar. Lo llevó ante el cadáver de misia Pepa, que el nutriero miró impasible durante un rato.

—¡Bueno!—exclamó el comisario.—Ahora vamos a ver lo que dice la difunta.

Y sacando un poco de pelo de la mano crispada del cadáver, cotejólo con el del asesino, de tan inconfundible matiz.

—¿No ves? ¿Qué tienes ahora que decir? La misma muerta te acusa...

El nutriero bajó la cabeza volviendo la vista a otro lado y haciendo rayas con el pie, mientras murmuraba:

—¡Bien decía yo qu'era bruja la hij'e perra!...

Roberto J. PAYRÓ.

Dib. de Rojas.

Buenos Aires desaprueba la política germanófila del gobierno

La gran manifestación del miércoles último, en honor de los Aliados.—Imponente desfile.—Condenable agresión a la columna.—Incidentes sangrientos en la Avenida de Mayo.—La colectividad italiana suspendió su anunciado mitin, por falta de garantías.

Si como es presumible, los choques con que se iniciaron en la capital las primeras demostraciones públicas, celebrando el armisticio, iban encaminados a restar importancia al gran acto cívico realizado el miércoles de la semana anterior, deberán reconocer su fracaso los que persiguieron tal propósito.

En efecto, desde las fiestas del centenario de la independencia, no ha presenciado Buenos Aires una manifestación de tan colosales proporciones como la organizada por el Comité Nacional de la Juventud. Toda la capital ha exteriorizado sus entusiasmos por la terminación de la guerra, y casi todos sus habitantes se han asociado al grandioso homenaje que la ciudad acaba de tributar en honor de los países aliados.

El éxito, pues, ha sido brillante y completo, y una de las características que merecen señalarse, es la participación de numerosas señoras y niñas, tanto en esta, como en las anteriores demostraciones públicas realizadas con igual motivo, circunstancia que ha prestado un matiz especialmente simpático a dichas exteriorizaciones.

Llegadas a la plaza del Congreso las delegaciones de diputados nacionales y provinciales invitados al acto, ocuparon la cabeza de la manifestación y ésta inició la marcha en medio de una compacta muchedumbre, que estalló en aplausos y aclamaciones. Numerosas banderas argentinas y de los países aliados, y no pocos carteles y letreros con inscripciones alusivas a la política germanófila del gobierno, ondeaban a lo largo de la enorme columna, que avanzaba con dificultad por la Avenida de Mayo, a causa de la gran aglomeración de público. En todos los sitios aprovechables de la calzada, y en los balcones y azoteas de los edificios, un inmenso gentío presenciaba el paso de la manifestación que, entre vítores y aplausos, desfilaba entonando el himno nacional y la marsellesa. El orden y corrección de los manifestantes fueron perfectos, y esta circunstancia, unida a la gran cantidad de fuerzas de policía desplegada, parecía alejar el peligro de cualquier desorden.

Desgraciadamente no fué así, y una provocación partida de un grupo de hipolitistas "acantonado" en la acera norte de la Avenida de Mayo, entre Chacabuco y Piedras, que pretendió arrancar a los manifestantes algunos carteles, dió origen a la deplorable nota roja. Un nutrido tiroteo se siguió a este incidente, y después de la confusión del primer momento, pudo verse, caídas en tierra, varias personas heridas. Igualmente lo fueron algunas señoras y niños que ocupaban balcones frente al sitio donde se desarrollaron los sucesos. Es verdaderamente lamentable que tales actos, merecedores de la más enérgica reprobación, no pudiesen ser evitados por la policía no obstante las numerosas fuerzas desplegadas.

Pasado el accidente, los manifestantes continuaron su marcha, siendo calurosamente ovacionados durante todo el recorrido.

A consecuencia de los sucesos apuntados, la colectividad italiana desistió de realizar su anunciada manifestación, por considerar que no existen garantías de orden.



La gran bandera nacional, de ochenta metros de longitud, conducida en el centro de la manifestación.



Momentos en que los manifestantes, organizados en columna, inician el desfile desde la Plaza del Congreso.



La columna entrando en la Avenida de Mayo.



Instants en que varios individuos acantonados en la Avenida de Mayo, frente al diario oficial, se arrojaron contra los manifestantes pretendiendo arrancarles algunos de los carteles que conducía la columna, actitud que dió lugar a un grave tumulto de fatales consecuencias.



Fotografía obtenida inmediatamente después de la anterior, mientras se desarrollaba un nutrido tiroteo, del que resultaron víctimas numerosas personas, tanto de las que se hallaban en la vía pública, como de las familias que presenciaban el desfile desde los balcones de los edificios inmediatos. (Instantáneas tomadas en el lugar de los sucesos, por nuestro repórter gráfico, Alfredo Márquez).

EL FLAGELO

(CUENTO HÚNGARO)

I

La circular oficial esparcida por todo el país de aldea en aldea, anunciaba a las autoridades de las diversas poblaciones la proximidad del peligro, pero los que la habían redactado comprendían tan poco la gravedad del caso como aquellos a quienes iba dirigida.

Las cabezas más talentosas de la localidad, como ser el juez de paz y el preceptor, habían recibido orden de hacer inteligible el mensaje a las gentes ignorantes.

¡Hacer inteligible la circular! Se encargaba a personas que apenas sabían leer la delicada comisión de ilustrar a la muchedumbre de analfabetos, sobre lo que era entonces y todavía es hoy un secreto para todos los sabios del mundo.

Miguel Kordé, uno de los preceptores de Hetfalu, había reunido a sus discípulos grandes y pequeños.

Era aquel el último día de clase del año.

Sacando de su bolsillo la misiva oficial, que la grasitud y la tierra habían puesto desconocida, informó a su auditorio que al explicarles aquel documento tenía sobre todo en vista el que repetirían la explicación a sus padres y parientes.

Puesto que ya que ellos no venían a la escuela, era aquel el único medio que tenían para saber lo que la junta de higiene aguardaba de su dedicación y prolijidad.

—Hijos míos—dijo levantando la voz, después de haber esgarrado y sonádose la nariz—he aquí un mensaje del presidente del tribunal, en el que se me da orden de cerrar la escuela, al mismo tiempo que se invita a todos los habitantes de la localidad a levantarse como un solo hombre. Este levantamiento en masa se dispone por los siguientes motivos:

Un terrible flagelo va a invadir a nuestro país... No, no nos va a invadir, nos ha invadido ya. Los sabios llaman morbus a este flagelo. Cualquiera que esté atacado de este morbus no tiene tiempo ni siquiera para estornudar. Cae muerto. Se acabó sin remedio. No hay que hacerle.

Y oigan ustedes cómo se produce este morbus, la bilis se derrama dentro de uno, y de ello nace una fiebre biliosa. Una fiebre biliosa ¿lo oyen ustedes bien?... Conque así, traten de no hacerme enfadar.

¿Y dónde se encuentra el tal morbus? En los melones verdes, en los duraznos, en una palabra, en todas las frutas de este año. Por eso los que no quieran morir deben abstenerse de comer frutas.

Aquí fué interrumpido el discurso de Kordé, porque algunos jóvenes diablitos sentados en los últimos bancos de la clase tuvieron la desvergüenza de reirse a carcajadas.

—Miska Turtejik, idiotón de orejas largas, a ver, dime ¿qué es lo que acabo de decir, ¿eh?

El niño abrió tamaños ojos, se levantó y respondió balbuceando:

—Lo que usted ha dicho es que no debemos de robar los duraznos del huerto del señor cura.

—¡Ah! ¿de veras? Ven, acércate un poco, más, más aún, aquí, a mi lado...

Y el futuro ciudadano se sintió asir de ambos lados, por las orejas, como si Kordé no hubiera tenido en vista otra cosa que alargarle el aparato auditivo y hacerlo todavía más prominente de lo que era ya. No obstante, el desdichado arrapiezo no había contestado tan descaminadamente.

Había pensado que el mensaje oficial no tenía otro objeto que el de impedir que las gentes despojaran el huerto del párroco. Y su deducción no carecía de buen sentido, puesto que en toda la aldea únicamente el señor cura se preocupaba del cultivo de los árboles frutales.

—¡Bueno, volvamos al grano! ¡Atención!—dijo Kordé reanudando su arenga.

—Además es muy peligroso bañarse y lavarse con agua fría, porque eso perturba el espíritu. En cambio, es muy saludable el beber alcohol, porque eso restaura y reconforta el ánimo.

Es también muy peligroso el ponerse a trabajar en ayunas, lo mismo que pensar y estudiar mucho. En cambio, debemos de comer bien y no andar al sol.

Este pasaje de la circular explicada obtuvo la aprobación general.

—Pero puesto que a pesar de todas las precauciones no es cosa imposible que alguien nos traiga de fuera, es decir, de cualquier otra aldea, el contagio del morbus en sus ropas o en la alforja, se nos da orden de la manera más terminante, tanto de no dejar salir a nadie de la aldea, ni a pie ni a caballo, ni de ningún modo, como de no permitir que entre en ella ningún forastero. Si algún viajero tiene necesidad de pasar por nuestra población, debe encerrársele antes en el establo de vacas que hay a la orilla del pueblo; allí se someterán sus ropas a fumigación, y a él se le lavará de la cabeza a los pies con álcali caliente, debiendo además pasarse por ceniza todas las monedas que traiga consigo. Esta peligrosa tarea será encomendada en todas partes a los gitanos que haya en la localidad.

El señor Kordé hizo un pequeño alto para juzgar del efecto que habían producido sus palabras en la concurrencia, y prosiguió en seguida:

—Pero si a pesar de todas estas prudentes precauciones alguien se siente atacado del morbus, no hay para combatirlo más que un solo remedio, y es el "Bizanthum", "bismuthum", "bismuthi", "neutrius secundæ"; en húngaro "bizmuta"; "bizmuthim" en eslovaco, y "bizmuth" en alemán. ¡Hum! ¡hum!

Y al llegar aquí, fué presa el digno preceptor de un violento acceso de tos, porque tratábase nada menos en aquel punto, de proceder a la explicación de lo que era aquella misteriosa medicina cuyo nombre acababa de silabear ciñéndose letra por letra al texto del documento oficial.

—Y ahora abrid bien las orejas, porque os interrogaré después para ver si recordáis todo cuanto os estoy diciendo.

El bismuto es un polvo... no, no es polvo. El bismuto es un flúido, o mejor dicho... es un polvo cuyo color... cuyo color pertenece a esos que no se pueden describir. Se compone de toda clase de ingredientes, tiene gusto a una cierta clase de masitas, y un olor casi imperceptible. Los que tomen bismuto se curarán. Se empieza tomando una cucharadita (el señor cura prestará las cucharitas), y si eso no basta se toma una cucharada grande; y si una no fuere suficiente se tomarán dos, y así sucesivamente hasta que uno se sienta libre del morbus. El bismuto se podrá comprar en la botica de Kaselan. Los que no compren bismuto, no podrán enojarse sino con ellos mismos en caso de que se mueran. A los pobres lo proporcionará gratis por favor especial del doctor Sarkantyus. Y si no lo quieren tomar, ya los sabrá obligar a hacerlo el doctor Sarkantyus... Y hará echar también bismuto en los pozos. Así que vale más entenderse a buenas con el bismuto, que irse directamente al diablo.

Los oyentes, que estaban de buen humor, tuvieron un nuevo acceso de hilaridad al oir estas últimas palabras.

Uno de los que más estrepitosamente se reían, tomóse la libertad de levantar dos dedos, lo que significaba clara y evidentemente que tenía algo que preguntar.

—A ver, ¿qué se te ofrece, Slizick?

—Discúlpeme, señor, ¿pero "eso" es tan rico como el azúcar?

—¡Qué "eso"! "Asine", ¿no has oído cómo acabo yo de llamar a "eso"? "Eso" prueba que no has estado con la debida atención. Ven acá, trae la mano. ¡Trae la mano, te digo!

Y el interruptor recibió un palmetazo sobre la punta de los dedos.

—¡Ahora, la otra!

Y se repitió el castigo por segunda vez.

—Ponte de pie, Gustavo Klinza, y explica a este "nebulo" lo que os he dicho.

Gustavo Klinza era el primero de su banco. Era el mejor vestido de la clase y su padre era el propietario de la fábrica de aguardientes. Razón decisiva para hacer que fuera Gustavo el favorito del preceptor.

El niño escondió rápidamente el cortaplumas que le había servido para cortajear el banco, y se levantó enrojecido de miedo de una oreja a la otra. Era tal el susto, que abrió una boca como un horno.

—¡Veamos, pues, amigo mío! ¡Instruye a tu inatento condiscípulo, y dile que se trata de bismuto, y que el bismuto es como...

—El "bisbuto" es un polvo que se prepara con un flúido y con toda clase de cosas, y que tiene gusto a un pastelillo—balbuceó la esperanza de la aldea.

—"Bene", "præstanter", "eruditissime". Los que prestan atención, aprenden y saben siempre cuánto se les enseña.

Gustavo Klinza sentóse en seguida con tanto contento como petulancia.

—Sólo me resta deciros una cosa—prosiguió Kordé,—y esa cosa la debéis repetir a vuestros padres cuando lleguéis a casa; y es que en estos tiempos críticos no hay nada tan bueno como un trago de aguardiente tomado en ayunas; una copita por la mañana, otra a mediodía y otra por la noche antes de acostarse en la cama, y eso desde que se siente que hay en el estómago algo que flaquea. El aguardiente es un remedio soberano. Y tú, Gustavo Klinza, no te olvides de decirle a tu padre que el señor cura tiene mucho miedo al morbus, y que yo he puesto a su disposición, para cuando la necesite, mi limeta de aguardiente.

Gustavo Klinza escondió el cabo de pluma con el que se preparaba a improvisar una cerbatana, y prometió llevar el recado a su padre.

—Y ahora la oración, y hasta que pase el morbus no habrá clase.

Grande fué la alegría de los muchachos al oir tal noticia, y Gustavo Klinza descargó su cerbatana sobre el banco. La bala, que era un trozo de patata, fué a dar contra la nariz del preceptor, que tomó por el cuello al pequeño Slizik y le aplicó una serie de bastonazos, por más que sabía perfectamente que Slizik no era el culpable.

El paciente se puso a aullar mientras los compañeros entonaban una canción. Durante algún tiempo la voz del preceptor dominó a la de los alumnos, pero después todas las voces estallaron a una, con tan formidable estruendo que temblaron los vidrios. Miguel Kordé llevaba el compás con su larga férula, distribuyendo de tiempo en tiempo recios reglazos a diestro y siniestro para mantener la entonación.

Luego rezó la oración Gustavo Klinza. Mas estaba tan contento con la inesperada visita de aquel morbus, que venía a hacer cerrar la escuela por un indeterminado lapso de tiempo, que masculló farfullando la oración de la tarde en vez de la de la mañana.

El preceptor ni se dió cuenta de ello; y los muchachos, no bien respondieron Amén, precipitáronse a una hacia la puerta, pues sabían por experiencia propia que Kordé tenía la costumbre de hacer pagar al último que salía el ruido que habían hecho todos los demás, zurrándole la badana; por eso, no pudiendo salir sin batahola, trataba por lo menos cada cual de ser de los primeros en escurrirse.

Diseumináronse en la calle a modo de catarata, y estaban tan alegres con la llegada de aquel morbus que, yendo bien las cosas, impediría que se abrieran las clases en muchísimo tiempo, que cayeron con todas las fuerzas de sus brazos sobre todos los muchachos de la otra escuela que jugaban en la plaza a la pelota. Les tiraron con cuanta piedra hallaron a manos y rompieron varias cabezas; y luego vociferaron tales y tan feroces gritos, que todos los perros de la aldea les contestaron con un coro de ladridos.

Por último, cada uno de los discípulos de Kordé se retiró a su casa y fué a advertir a su padre o a su madre que estaban de vacaciones con motivo de la entrada del morbus en la aldea, y que el preceptor les había dicho que en semejante circunstancias eran muy peligrosas las reuniones numerosas.

(Continúa después de la página infantil)

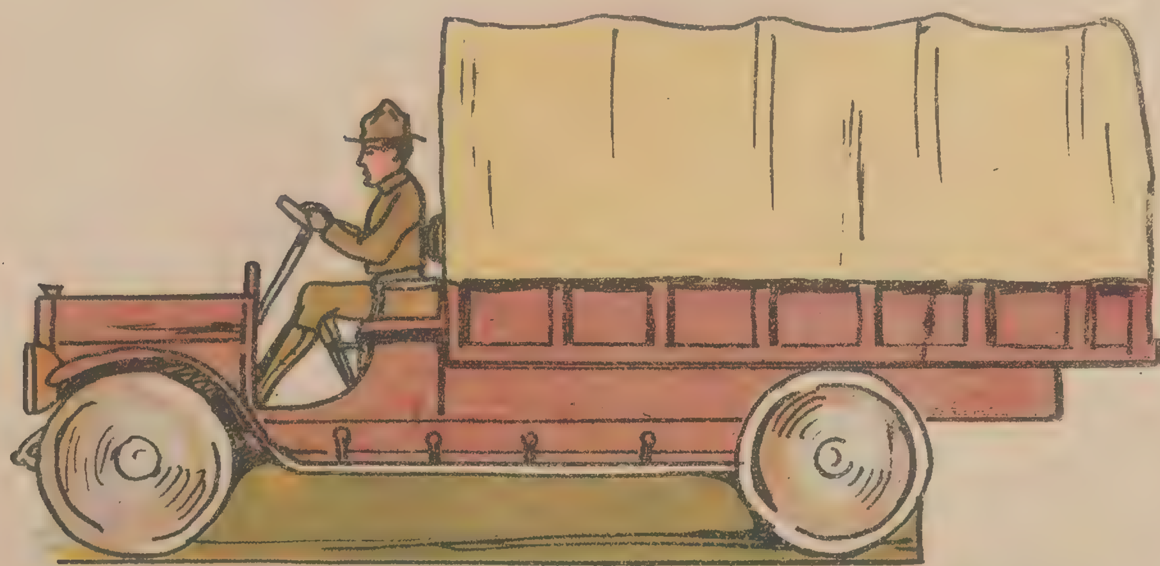
HOMBRE FELIZ

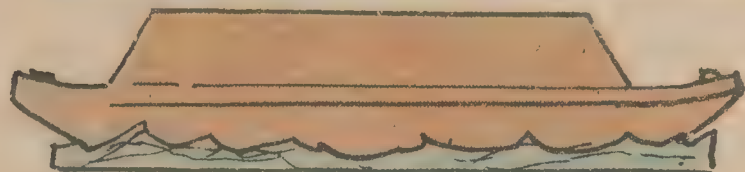


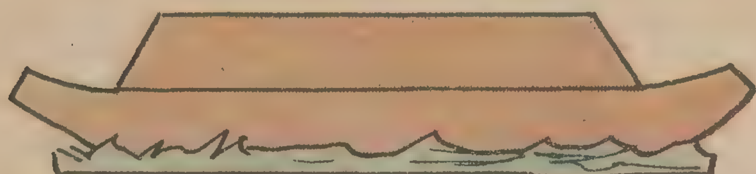
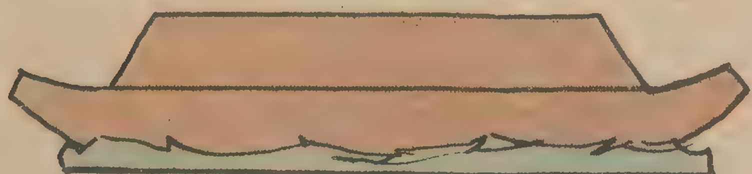
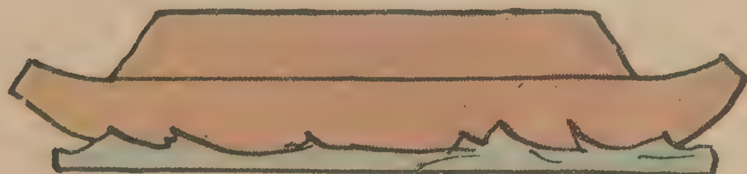
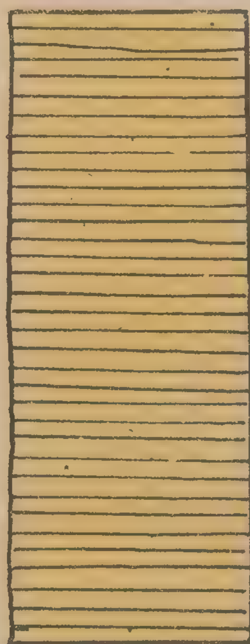
Uno que no tuvo la grippe.

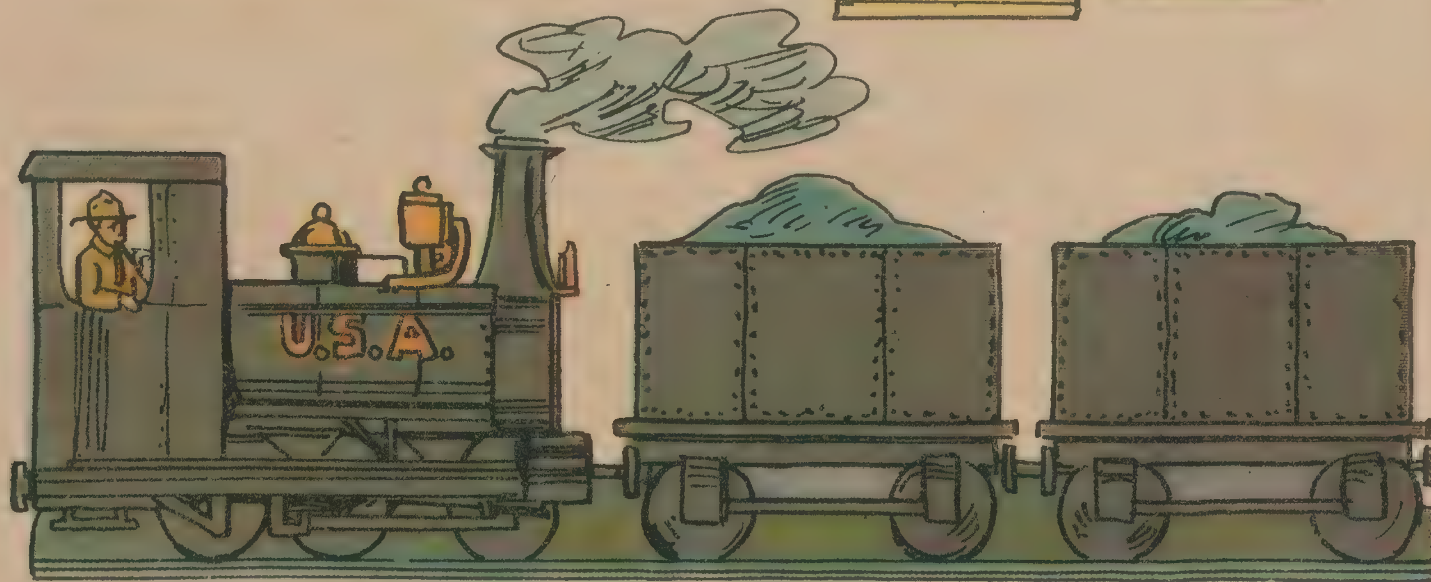
Dib. de Corti.

PAGINA INFANTIL.--Ingenieros militares del ejército norteamericano









Continuación de EL FLAGELO

II

Todos los habitantes de la aldea, ancianos y jóvenes, salían de la iglesia como un río que rompe sus diques, y tomaba el camino de sus casas.

Sobre todos los rostros estaba impresa la expresión de un mudo terror.

En la iglesia, como en la escuela, se había dado lectura a la circular oficial, y el señor cura había recordado a sus feligreses en una plática conmovedora que la confianza en Dios, la esperanza en su divina Providencia y la pureza de una conciencia cristiana valían más en estos casos que todos los remedios y cordones sanitarios.

—En manos de Dios estamos todos. Si hemos vivido bien, moriremos bien. El justo no tiene miedo a la muerte.

Sobre los peldaños de la escalinata de la iglesia estaba acuclillada una vieja que tenían por hechicera, y a la que en la aldea llamaban el "Pájaro de muerte". Tenía en su delantal un montón de hierbas y de simples; a un lado descansaba su muleta, y apoyaba sobre la rodilla la punta de la barba. Contaba todos los que salían: uno, dos, tres. A cada serie de tres volvía a empezar, ¡quién sabe por qué! Tal vez quería dar a entender que el tercero de la serie era una futura víctima del flagelo. ¡Quién lo sabe!

Todos se habían alejado ya; no quedaba nadie más que el campanero Hanak, un hombre cubierto de vello hasta los ojos.

Como suele suceder a menudo, un perro que estaba junto a la puerta de la iglesia entró la cabeza hacia el interior del templo. Hanak lo vió y le pegó un puntapié, y cuando el animal echó a correr le tiró con su manojo de llaves.

La bruja levantó su huesosa mano y la extendió en son de amenaza hacia donde estaba el campanero, diciéndole con un acento hueco y sepulcral que le hizo estremecer:

—¡Hanak, Hanak el velludo! ¿Por qué echas de aquí a ese perro? Oye bien lo que te digo; sería mejor para ti que fueras perro y no hombre, porque se acerca el día en que los muertos serán llevados a la tumba, no al son de los dobles de tu campana, sino al eco del ladrido de los perros. No hagas daño a los perros, Hanak.

El campanero no tuvo ánimo para contestarle. Cerró la puerta de la iglesia lentamente y temblando, y al retirarse cerró los ojos, dió vuelta la cara para no ver a la vieja. Girábale la frente y flaqueábanle las piernas.

Y cuando al entregar las llaves al señor cura oyó de sus labios que desde que se produjera la peste, se enterraría a los muertos sin toques de campana para que los vivos no se alarmasen, pusiéronsele de punta los cabellos y se dejó caer sobre una silla, como si le hubiera aplastado con una pesa de cien libras.

Bien pronto no se oyó en la aldea más que el aullido de los perros, y la predilección de la vieja se realizó casi al instante.

Hanak se trastornó tanto con ello, que se vió obligado, para tranquilizar su agitación, a concurrir a la taberna, donde se encontró con algunos animosos que pasaban el tiempo discutiendo las medidas que había que tomar para conjurar la gran desgracia que se desplomaba sobre la localidad.

III

Hay una potencia inferior de la que los sabios no han podido comprobar todavía los principios vitales por más que hablen mucho de élla y de su poder, y a la que no tememos, sino que, por el contrario, la miramos con esperanza.

Por esto se comprenderá que no me



DEL ULTIMO LIBRO DEL GENERAL URIBURU



—Fíjate Fritz, qué forma rara ha adquirido nuestro hijo en el frente.
—Debe ser por la costumbre de replegarse.

refiero al infierno, sino a la Tierra. A la buena Tierra bendecida y pacífica, que no es tan apasionada como los demás elementos, el fuego, el agua y el aire, y que se deja hollar tranquilamente, acribillar de heridas, que soporta con calma que se edifiquen y esparzan ciudades y ciudades sobre sus espaldas, y que la azada y la mina diseminen sus huesos a los cuatro vientos, y asimismo trata aún con ternura al hombre que la hiere y desgarra a su capricho.

¿Acaso alguien ha preguntado a la Tierra?: ¡Oh soberana, oh dueña, oh Tierra buena y bendita! ¿estás satisfecha de todo lo que te hacemos? ¿Te agrada que devastemos tus magníficas florestas llenas de sombra y de frescor, y que privemos así a tu cuerpo de su natural abrigo contra las ardorosas miradas del sol? ¿Te agrada que forcemos a tus ríos a penetrar en los lechos que les cavamos con nuestros brazos, que agotemos estanques y que te entreguemos a las torturas de la sed, que despedacemos tu cuerpo y nos repartamos tus miembros, que te obliguemos a nutrirnos y a abrevarnos; agrádate que reguemos con sangre tus campos floridos, que vivamos a tus costillas, y que te abrumemos de bendiciones y maldiciones para obligarte a que nos des alimentos; que recurramos a todas las fuerzas de nuestra inteligencia para descubrir los medios de ocupar tus sitios más desiertos e ignotos, para sentar allí nuestros reales; te agrada todo eso ¡oh Tierra! ¡dueña soberana?

La Tierra permanece impasible: deja hacer y deshacer; pero algunas veces se estremece con repentino terror, y entonces tiemblan las ciudades y sus palacios.

Luego, por espacio de siglos, no vuelve a dar señales de vida. Como toda madre excesivamente buena, soporta con paciencia cuanto hacen sus malos hijos culpables. No se irrita contra ellos ni los castiga. Los cría, provee a todas sus necesidades y no les exige nada en cambio.

Sufre en silencio sus ingratitudes y devora enmudecida su continuo dolor. Porque la suerte de sus hijos, sus egoístas hijos, no la dan tregua ni descanso. Su tristeza y sus angustias, los crímenes y las impurezas del género humano van debilitando gradualmente sus fuerzas, hasta que al fin la pobre madre, la pobre Tierra se enferma.

¡Oh, cómo caen los hombres cuando la Tierra está enferma! Se desmoronan lo mismo que los insectos parásitos al rodar de la hoja amarillenta cuya caída han precipitado con sus insaciables mordeduras.

Entonces aparecen en las aterrorizadas naciones nuevas formas de muerte, cuyos nombres se ignoraban antes por completo; un soplo de aire basta para derribar al hombre más robusto y valeroso, y cae para no levantarse más.

En vano los hombres buscan defensa detrás de inaccesibles murallones de piedra; en vano ungen su cuerpo con los más preciosos bálsamos y retienen la respiración. La muerte invisible no reconoce cadenas ni cerrojos, y arranca de sus mansiones a los que más la temen. No tiene necesidad de infestar el aire, ni de tocar a sus víctimas. Con que oigan pronunciar su nombre basta: se estremecen y mueren.

No es un flagelo que azote sólo a los hombres, sino también a la misma Tierra.

Recuerdo patentemente aquellos días de terror. No era yo tal vez en aquel entonces más que un chiquillo (y digo tal vez, porque no puedo precisar la hora en que pasé de la infancia a la adolescencia); y no me preocupaba absolutamente de lo que tenía aterrorizado a todo el mundo. Por lo contrario, causábame más bien placer lo extraño y novedoso del acontecimiento. ¡Se nos había prohibido que fuéramos a la escuela! Disfrutábamos de unas vacaciones que podían ser perpetuas, lo que, ¡para qué negarlo! no dejaba de causarnos gran satisfacción.

La ciudad en que yo vivía estaba rodeada de un cordón sanitario. Mi padre, cuya valerosa actitud tengo siempre presente, ciñó su vieja espada y fué como todos los demás a plegarse al cordón. La escuadra inglesa con todos sus navíos no me hubiera inspirado mayor confianza de la que me infundía la antigua y oxidada espada de mi padre.

Mi buena y querida madre nos había colgado del cuello unos saquitos llenos de alcanfor y estábamos convencidísimos de que con semejante talismán no nos podía sobrevenir el

contagio. Cierto es que también se nos había vedado que comiéramos duraznos y melones. Obedecíamos estrictamente, y por nada de este mundo hubiéramos infringido la orden maternal. Y aquel año, como si la naturaleza se hubiera querido burlar de nosotros y tentarnos, todos nuestros árboles frutales estaban que se venían abajo de apetitosos frutos. Pero los dejamos podrir sin tocarlos.

Teníamos un buen médico, un amigo de la familia que iba de un enfermo a otro exponiéndose a los mayores peligros. Le tengo siempre ante los ojos, con sus cabellos blancos, sus sonrosadas mejillas y su cuerpo erguido, divirtiéndose en mofarse de nuestros miedos, haciéndose servir los mejores melones, que partía en tajadas y los devoraba con fruición delante de nosotros.

—Sólo se mueren los que tienen miedo—decía;—todo lo que hay que hacer para escapar al flagelo es ser sobrios y tener confianza en Dios.

Cuando le preguntábamos si era cierto que el aire estaba lleno de bichitos invisibles que producían la enfermedad cuando penetraban en los órganos de la respiración, nos miraba sonriendo y decía.

—Los que creen en esos bichitos harían bien si en vez de hablar cerraran la boca, porque a cada palabra que pronuncian, los tales bichitos se les cuelan por el gaznate.

Y cuando día a día, desde la mañana hasta la noche, oía en la calle el estertor de los moribundos, los lamentos y los sollozos de las viudas y de los huerfanitos, cuando decía que familias enteras habían sucumbido en veinticuatro horas por la vecindad, y cuando en las casas situadas frente a la nuestra no hubo más que silencio y soledad, interiormente sentíame feliz por dos motivos: primero, porque la mayor duración del flagelo implicaba la mayor prolongación de nuestras vacaciones, y segundo, porque ninguno de los míos fué arrebatado por la peste, de la que Dios nos había librado. Mi felicidad se basaba sobre mi egoísmo. Era feliz, y sin embargo leía en los ojos de mi madre que nuestra esperanza era como una hebra de heno y que lo único que la sostenía era la Fe.

Mauricio JOKAI.

LA SOLUCIÓN ÚNICA

El presidente Irigoyen y su denodada germanofilia.--Opinión del doctor Rodríguez Larreta

En el Comité Nacional de la Juventud se recibió ayer la siguiente comunicación del doctor Enrique Rodríguez Larreta:

"Señor presidente del Comité Nacional de la Juventud, don Mariano Villar Sáenz Peña.—Entrego esas líneas a la juventud de mi patria y, en especial, a ese comité que, en repetidas ocasiones, con la palabra y el acto, ha despertado la conciencia argentina y salvado, en parte, la dignidad del país.

"EL REMEDIO UNICO"

Me propongo expresar, en este grave momento, obedeciendo a nueva exigencia de mi fuero interior, cierto parecer que ha de molestar a muchos y poner, seguramente, harto abrojo en mi senda.

Bienvenidas sean, empero, esas cuitas personales si, en cambio de ellas, consigo prestar un servicio a mi patria. Acaso, la mejor manera de inspirar a otro un acto de abnegación consista en comenzar por ofrecerle el ejemplo del propio sacrificio.

Pertenezco a esa inmensa mayoría que, sin pensar en la suerte de las armas y fundándose, únicamente, en elevadas razones de moral y patriotismo pedía, suplicaba, ayer, a nuestro gobierno que rompiera relaciones con el imperio alemán y abrazara, de lleno, la causa de los aliados, compartiendo, así, la noble actitud de los Estados Unidos.

Sin embargo, no crea nadie, no, que vaya ahora a jactarme de una victoria extraña que no puede aumentar la firmeza de mi convicción anterior, que no nos debe, por desgracia, sacrificio alguno y que agrava, en cierto modo, mi tribulación personal.

Celebro, sí, con todos los hombres libres, la actual apoteosis de la justicia y su sanción implacable.

Celebro el castigo de la inhumana soberbia teutónica y de su abyecta filosofía.

Celebro, en fin, la condenación de todos los despotismos, ora vengan de los tronos, ora de las demagogias.

Pero quiero ocuparme ahora, especialmente, en la desgraciada situación moral en que hemos caído los argentinos e indicar el remedio que, a mi ver, imponen, de modo evidente, las presentes circunstancias.

Todos sabemos que nuestra patria acaba de ser burlada en sus ímpetus generosos. Debido a razones puramente personales, que no es del caso exponer, yo puedo asegurar a mis compatriotas que la República Argentina juzgada, naturalmente, por la actitud de su gobierno, es tenida en el exterior por un país germanófilo, que pactó secretamente con Alemania y que ha sido el refugio de las intrigas de ese imperio en la América meridional. He ahí la verdad desnuda. Basta de ilusiones. No soy de los que piensan que para escapar a la mirada ajena, basta con taparse los ojos.

Se trataba, desde el comienzo de esta guerra, no sólo para nosotros, sino para todo el mundo civilizado, de un conflicto fundamental y decisivo, en que las naciones aliadas derramaban generosamente su sangre para salvar la libertad universal y nuestros propios ideales patricios. Se trataba de saber si los pueblos más lejanos, el nuestro inclusive, caerían o no bajo la bota de Alemania, y si sería necesario seguir pagando con sufrimientos inauditos y millares de vidas el infame laurel militar de sus emperadores y los clavos de sus estatuas grotescas. De un lado estaba la animalidad y sus fuerzas tenebrosas embravecida adrede, con la droga y el azote, del otro el espíritu, con sus alas de luz, agigantado por la libertad. Vieja historia, por cierto; pero puede decirse que jamás fué más terrible y simbólica la lucha, jamás el monstruo más sabio, ni más fuerte el arcángel.

En esa ocasión, una de las más decisivas de la historia, la nación libertadora y más abnegada de América, la República Argentina, enferma otra vez de ese mal sombrío que Sarmiento estudió en su "Facundo", y víctima de esa maldita viveza que acierta a veces en lo pequeño y se equivoca siempre en lo grande, olvida sus glorias, reniega de sí misma y pacta con el despotismo, como si se sintiera poseída por el furor del propio aniquilamiento y de la propia deshonra.

¿Por qué? ¿Puede imaginarse que sus gobernantes carecieran de integridad o de patriotismo? No he de ser yo quien formule esa bajeza. ¿Y entonces? Por una sola razón. Porque el ejecutivo, olvidando o no pudiendo comprender el sentido profundo de esta guerra y los sagrados deberes que ella imponía a una nación como la nuestra, revestida hasta ayer de glorioso renombre, sólo atendió a la suerte de las armas, creyendo haber sorprendido el secreto del destino. Afanosos consejeros debieron de mostrarlo, con informes de origen lejano, la victoria matemática de Alemania. De ahí todos los actos, que no necesito enumerar. ¡Qué triunfo acertar solo, en contra de la opinión de los hombres ilustrados, qué triunfo acertar solo en contra del voto del congreso y de la mayoría del pueblo! Tuvo la seguridad de echar suerte y echó lo contrario. Así fueron jugados el decoro y el porvenir de la patria.

¡Cosa inconcebible! En breve espacio un gobierno argentino ha logrado anular, ante la conciencia del mundo, la obra de nuestros antepasados, y cuando se esperaba, sin duda, de nosotros una nueva página de bizarra energía y de sublime abnegación, nos presenta como un pueblo sin ideales, como un pueblo de vacilantes mercaderes, equivocados al fin en sus cálculos tortuosos; y he aquí que en esta hora justiciera y luminosa en que el destino pregona su fallo, venimos a quedar colocados entre las pocas naciones plañideras que acompañan al colosal entierro del militarismo prusiano.

Y para mayor abnegación, todo esto lo sustenta, con su poderoso apoyo, un partido político que lleva el nombre y la tradición de aquel glorioso partido radical, nacido de un memorable ímpetu patriótico y que fué el verdadero redentor de nuestros fueros democráticos. ¡El partido de Leandro Alem, de Aristóbulo del Valle, de Bernardo de Irigoyen!

Pero abreviemos. Muchos son los que piensan que la situación actual no tiene remedio, y reconociendo que las consecuencias pueden ser harto graves, exclaman desalentados: a lo hecho pecho.

Yo no pienso así. Creo que todavía queda un remedio, un remedio de efecto instantáneo. ¿Cuál? ¿Que el gobierno evolucione en presencia de la victoria de los aliados? ¡Ah!, no. Este gobierno no puede ya cambiar de ruta.

Un paréntesis. Es fácil observar que es este ahora el único país en que los gobernantes no hacen nunca cuestión de ideas. La religión de la idea no les estorba. Hay ministros que se dicen aliadófilos y que comparten actitudes germanófilas. Ya no se usa renunciar. Sin embargo, es al dejar un puesto público, más que al aceptarlo, que un hombre da la señal de los quilates de su dignidad y de su pensamiento; y a veces se sirve mejor a la patria al sacrificar ambiciones que al satisfacerlas.

Vemos ahora que, de uno u otro modo, la abdicación de Constantino ha salvado a Grecia, la de Fernando y Boris a Bulgaria. El mismo kaiser



—¿Y qué te hizo creer que la guerra iba a concluir pronto?
—Mi patrón fué a la guerra...

acaba de declarar que si su persona es obstáculo a la solución de los problemas externos e internos de Alemania, abdicará de seguida. Lo contrario sería monstruoso.

Sigamos. ¿Cuál es el remedio? Mi convicción, a este respecto, es irreductible y está fundada en razones que están a la vista de todos y en otras que conviene callar, en razones que todos conocen y en otras que sólo conocen algunos. Ahora, reflexione cada cual y advertirá que hay un hombre, un ciudadano argentino que con sólo soltar de la mano el simbólico bastón, que ya debe quemarle los dedos, puede todavía salvar a su patria, rehabilitarla al instante, conquistando para sí un laurel, que no lo hay más honroso. Para mí, ese hombre, olvidándose de sí mismo, sería tan grande como Wilson celebrando su triunfo. No sería ya el reverso de Wilson, sería un émulo. Enfrente de la honra en la buena ventura, él levantaría algo acaso más alto: la honra en la adversidad.

Al sacrificio de la vida en el gobernado, corresponde en el gobernante el sacrificio de su orgullo, cuando la patria lo demanda.

Todo esto lo dice, no mi insignificante palabra individual, lo dice, con el acento de un ciudadano alejado de la brega política, de un ciudadano sin odios ni ambiciones, la voz de la posteridad.—**Enrique Larreta.**—Noviembre 8 de 1918''.

Un signo elocuente

Nuestra ciudad, viviendo en estos últimos días horas de intensa expectación pública, frente a los sensacionales sucesos de la guerra europea, aguardaba febril e impaciente la noticia definitiva, el feliz anuncio de haber cesado la cruenta lucha, para desbordar los hondos anhelos de paz contenidos en los ánimos, exteriorizando muy justos y muy humanos sentimientos de general regocijo.

Fué así que cuando las pizarras de los diarios anunciaron por primera vez la aceptación, por parte de Alemania, de las condiciones del armisticio, extremo felizmente confirmado pocos días después, el público se entregó de inmediato a entusiastas demostraciones de alegría, surgiendo espontáneamente numerosas manifestaciones, que vitoreaban el triunfo de los aliados, y embanderándose rápidamente los edificios, como si sus moradores hubieran obedecido a una consigna.

Es sobre este último punto que queremos señalar una simpática nota, por lo que ella significa: nos referimos al hecho de que la casa Escasany fué el establecimiento que primero embanderó su edificio con los pabellones de todos los países aliados.

Cuando, con evidente injusticia, se había atribuído a gran parte de la colectividad española sentimientos germanófilos, abiertamente en pugna con los ideales de libertad y de justicia, es verdaderamente satisfactorio contemplar rasgos como el que nos ocupa, donde entidades representativas del alto comercio hispano, volviendo por el buen nombre de la colectividad española, recaban, con su plausible actitud, el elevado concepto que merecen sus dignas y nobles orientaciones frente a la solución del magno problema en que se jugaba el derecho y la libertad de los pueblos.

Método para aprender la guitarra

El conocido escritor argentino señor Angel G. Villoldo, verdadera autoridad en materia de estilos y aires criollos, consagrada por los amantes del género, acaba de aportar una nueva contribución a la música nacional, creando un método moderno para aprender a tocar la guitarra por medio de un sistema cifrado y sin necesidad de maestro.



Sr. Angel G. Villoldo

El método que nos ocupa es uno de los más fáciles y completos, y en sus instrucciones hallarán los aficionados el modo de dominar un instrumento tan difícil como la guitarra si, como dice la introducción, se emplea en su estudio "un poco de buena voluntad y paciencia aderezado con otro poco de ingenio".

Los cultores de la tradicional vihuela tienen, pues, en este librito, un valioso auxiliar para conseguir que sus entusiasmos filarmónicos triunfen sobre las naturales dificultades del aprendizaje.

EL DIOS QUE SE DIO VUELTA



—¡Que lo fusilen!

"LA NOVELA SEMANAL"

PRIMER ANIVERSARIO DE SU FUNDACION



Señor Armando del Castillo Velasco.



Señor Miguel Sans Vidal.

Hace justamente un año, dos jóvenes animosos se empeñaron en demostrar que la indiferencia habida para con nuestros autores novelistas obedecía exclusivamente a la falta de medios fáciles para la divulgación de sus obras. La capacidad literaria de nuestros novelistas existía sin duda alguna desde el momento que triunfos sucesivos lo han evidenciado en absoluto.

"La Novela Semanal", fundada por los señores Armando del Castillo y Miguel Sans, que con celo infatigable supieron sortear todos los obstáculos que surgen comúnmente ante el mantenimiento de cualquier iniciativa, han sabido llevar hasta un franco éxito la publicación que dirigen y que hoy día ocupa un puesto preponderante en el periodismo argentino.

El que haya seguido con interés las publicaciones de "La Novela Semanal" habrá apreciado seguramente la sucesión de sabrosas novelas cortas de nuestras mejores firmas, cuyos autores, si bien eran conocidos y considerados debidamente por la crítica y dentro de círculos intelectuales, les restaba en cambio gozar de la acogida del público, que es en estos casos la entidad que más ampliamente puede rendir a todo feliz novelista gloria y provecho.

Es muy lógico, pues, que el público en general, sin distinción de clases, haya contribuido al engrandecimiento y marcha de esta fructífera obra, sirviendo con su dedicación de acicate a los autores consagrados y de estímulo a los jóvenes escritores argentinos, los cuales hoy, con tan fácil y eficaz tribuna de difusión literaria, poseen un recurso que ha de crearles más vasto campo a sus orientaciones y ha de prometerles en pago de sus inteligentes esfuerzos un horizonte risueño y provechoso para sus desvelos de autores noveles.

Al saludar al simpático colega en su primer aniversario, aunamos nuestros votos para que continúe en su empeñada labor con la cultura de criterio y el mismo firme tesón con que han sabido conquistar el sobresaliente puesto que ocupa en la actualidad y cuya iniciación y crecimiento es tanto más plausible, puesto que ha sabido iniciarse y encumbrarse, sin desmedro y sin pretender desalojar a ninguna otra publicación, de un modo tan vigoroso.

El facsímil que publicamos de la casa editora, dará una idea más acabada del éxito alcanzado por "La Novela Semanal".

TALLERES GRÁFICOS L. J. Rosso y Cía.

IMPRENTA · LITOGRAFÍA · ENCUADERNACION

FOTOGRABADO · LINOTIPOS · ROTATIVAS

NETO AL CONTADO

Facsímil del tiraje de "La casa de los cuervos", de Martínez Zuviría.

COMITÉ NACIONAL DE LA JUVENTUD

Argentinos:

La política de la neutralidad ha creado a la república una situación que afecta su decoro en América y disminuye su prestigio de nación ante el mundo civilizado. Ya no somos el pueblo de los ideales de libertad y de justicia, que por afirmarlos ha realizado empresas magníficas y sacrificios heroicos. La neutralidad nos da un aspecto distinto. Aparecemos como un país indiferente en presencia de la catástrofe humana y ajeno al sentimiento de su propia dignidad. Es el resultado de ese neutralismo incomprensible que el gobierno ha desenvuelto oponiéndose a la voluntad popular, manifestada en actos memorables, como ratificación solemne del voto del congreso. Es así como nos hemos desvinculado de las naciones aliadas y hoy nos encontramos sumidos en el aislamiento.

El Comité Nacional de la Juventud, que a raíz de las maquinaciones del ministro alemán en Buenos Aires, ha iniciado y dirigido los más vastos movimientos de la opinión argentina, renueva ahora la campaña patriótica para plantear ante la conciencia colectiva los graves problemas que derivan de esa situación: ¿quiénes son los responsables directos de los hechos actuales? ¿Debemos responsabilizar únicamente al gobierno por haberse obstinado en su diplomacia deliberada y temeraria a la vez, o debemos reconocer que el pueblo no ha tenido la cohesión suficiente y la energía indispensable para imponer la solución exclusiva que exigía aquella hora suprema? El pueblo se lanzó a la calle para solicitar la interrupción de la neutralidad. A pesar de esa rotunda exigencia y no obstante la histórica sanción del parlamento, el poder ejecutivo, que se atribuye la responsabilidad absoluta de la política exterior, persistió en su conducta germanófila, que lo es en su esencia y en su forma, como lo indica del modo más categórico la clausura del conflicto con Alemania con el reconocimiento brusco de su representación diplomática. Política germanófila, lo es hasta el punto de contraponer al discurso presidencial al ministro de Bélgica y al negociado de los cereales la negligencia oficial en torno de la embajada británica y la ostensible descortesía inferida recientemente a Italia. El gobierno ha especulado con los bandos antagónicos y ha querido aprovechar los resultados inciertos de la conflagración confiando en su expectativa ladina y en la eficacia de los actos contradictorios que ha constituído el fondo de su plan y la base de sus procedimientos.

Esto nos ha conducido al desastre moral del país. Es por eso que el Comité Nacional de la Juventud se propone agitar nuevamente la conciencia del pueblo a fin de evidenciar la verdadera posición de la república, que no encarna ni representa un gobierno cuya obra supone la negación del anhelo común y la claudicación de nuestros ideales históricos, que nos asignan, desde el origen de la nacionalidad, un rango en América y una misión social cada vez que peligran la libertad y el derecho, que constituyen el fundamento substancial de nuestro idealismo y la orientación permanente del espíritu argentino. Debemos demostrarlo en actos sucesivos e inmediatos. La neutralidad y los que la inspiran y aplican son extraños al sentimiento general de la mayoría. Queremos por lo tanto que el pueblo se pronuncie sobre la responsabilidad del decaimiento presente del país a fin de reconquistar así el prestigio perdido al esclarecer ante propios y extraños la causa verídica de la situación dolorosa en que nos hallamos. Somos hoy menos que cualquier nación americana, y ello se debe a la gestión oficial y tal vez sea esa misma diplomacia, que pertenece, por su género y por su forma, a la monstruosa diplomacia secreta, cuya abolición solicitamos después del gran mitin de septiembre de 1917, nos reserva sorpresas todavía más amargas y humillaciones todavía más profundas. Se habla, en efecto, de combinaciones subterráneas con gobiernos de repúblicas tan aisladas como la nuestra, y cuyo objeto tendería, según las versiones que la cancillería tolera con significativo acogimiento, a desviar la influencia de las naciones triunfantes de la Alianza contra la barbarie germánica. Así como es una realidad espantosa el resultado de la política neutral, bien podría no ser una simple leyenda esta otra política, ya que el poder ejecutivo se considera el órgano único de relación con los demás países, y nos exhibe de está manera, al igual que el imperio alemán, a cuyo derrumbe ya asistimos, como un pueblo cuyo destino depende de la voluntad incontrastable de un amo, dueño de la paz o de la guerra, inaccesible a la censura de los cuerpos representativos y sordo a las demandas perentorias del pueblo. Así como estamos resueltos a demostrar que el neutralismo es un fenómeno individual y no una expresión del alma argentina, afirmamos también que la supresión de la diplomacia secreta y la creación del contralor legislativo en la política exterior es una reforma que urge imponer si deseamos salvar al país de complicaciones que tal vez se han urdido ya en los manejos tortuosos que caracterizan al gobierno que se complugo en deprimir el decoro de la república y separarla de las naciones que luchan por el triunfo de la civilización y por el predominio de la justicia.

Tal es nuestro propósito, y al reanudar la agitación patriótica lo proclamamos como rumbo y como programa. El pueblo sabe que hemos iniciado nuestra acción desprovistos de prejuicios banderizos y equidistantes de las reyertas de los partidos. Hemos obrado tan sólo como patriotas, y es a los patriotas que nos dirigimos de nuevo, sin atenernos a limitaciones políticas ni a divisiones de sectas. Somos argentinos y hablamos a los argentinos. Vinimos a la lucha en un momento en que se ultrajó a la nación. Proseguimos la lucha en una situación aún más triste, y hacemos un llamado a los ciudadanos en la esperanza de remediarla: aspiramos a que la patria pueda recuperar su antigua significación de país de libertad y servir a sus designios superiores en la era de concordia y de justicia que preparan para la humanidad las patrias libertadoras del mundo.

DECLARACION DE PROPOSITOS

I

Fijar la responsabilidad que corresponde al P. E. en la presente situación internacional de la República.

II

Trabajar por que la política exterior argentina se oriente en el sentido de los principios democráticos expuestos por el presidente Wilson, que coinciden plenamente con la verdadera tradición nacional, y procurar que la república participe en la constitución de la liga de las naciones, sin esperar a que se vea forzada a aceptar doctrinas internacionales que ella debía hacer sido una de las primeras en proclamar.

III

Demostrar que después de la transformación sufrida por la autocracia alemana, la República Argentina será el único país que siga manteniendo el sistema anacrónico del gobierno unipersonal e irresponsable para la dirección de su política exterior, que de acuerdo con el concepto estricto de la democracia, pertenece también a los cuerpos deliberativos.

Propender, en consecuencia, a que el manejo de las relaciones exteriores de la República no esté confiado exclusivamente al P. E., sino que tenga participación en él la representación parlamentaria.

IV

Desarrollar una activa campaña para atraer a su seno a todos los ciudadanos que estén de acuerdo con estos principios, a fin de crear en lo que respecta a los asuntos exteriores un núcleo compacto y vigilante que sea una expresión de la conciencia nacional.

LA JUNTA EJECUTIVA.
Cangallo 442.

Buenos Aires, Noviembre 5 de 1918.

LA PARABOLA DEL CÓNDOR CIEGO



Desastroso fin que Leopoldo Lugones le ha asegurado al gallinazo de la neutralidad.

De "El Oeste"

Marca de fuego

Recientemente, "El Mercurio", el diario más caracterizado y de mayor circulación de Chile, en un editorial rotulado "La guerra que termina", iniciólo con el siguiente párrafo, que tiene una clarísima y directísima alusión al presidente Irigoyen:

"Frente a las naciones que desde el año 14 vienen combatiendo contra el cesarismo y las ideas filosóficas del militarismo alemán, han quedado pocas neutrales que merezcan una consideración al historiador.

España tenía, por un punto, divergencia con los británicos, y por otro incomprensión con los franceses; ciertas analogías con los alemanes y una afección dinástica por Austria; pero, a pesar de todo, los focos aliados eran robustos y activos.

La Argentina habría estado probablemente del lado de Francia y de los Estados Unidos, a no ser por el presidente señor Irigoyen, que era y es germanófilo.

Méjico, poblado por alemanes y en verdadero estado de guerra con los Estados Unidos, tenía su posición demarcada con la neutralidad.

Chile se basaba en tres razones fundamentales: su lejanía del teatro de la guerra, la falta de razón directa para romper con Alemania, y el germanofilismo intelectual y ciego de numerosos dirigentes de todos los partidos.

Pero si esta neutralidad, que debió tener una tendencia simpática para los aliados, a quienes vendía su salitre y metales, y de quienes había de esperar una amistosa cooperación por sus negocios políticos y económicos después de la guerra, se hizo antipática unas veces a la Gran Bretaña y otras a Francia y varias a los Estados Unidos, a causa de la ignorancia fundamental de la ideología de esta guerra o, mejor dicho, a causa de la falta de idealismo de los dirigentes, o tal vez de todos nosotros."

¡Ay, ay ay!

FRAY MOCHO
SE PUBLICA LOS MARTES
Oficina: P. COLÓN, 1266
BUENOS AIRES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Exterior	En el Interior
Trimestre . . $ 2.50	Trimestre $ oro 2.00	Trimestre. . $ 3.00
Semestre . . „ 5.00		Semestre. . „ 6.00
Año . . . . . „ 9.00	Semestre. „ 4.00	Año. . . . . „ 11.00
N.° suelto. . 20 cts.		N.° suelto. . 25 cts.
N.° atrasado. 40 „	Año . . . „ „ 8.00	N.° atrasado. 50 „

Dirección y Administración: P. COLÓN. 1266.—U. T. 184. Avenida

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

La primera vuelta

Tres meses después de la ratificación de su contrato, Herrlin desembarcó en Buenos Aires.

Llegó, soltero, lleno de ilusiones y con las mejores ideas sobre nuestro país.

Se alojó en un hotel del Retiro, vistió su buen traje de levita, ajustó en la cabeza rasurada el lustroso cilindro de ceremonia, y con el paraguas al brazo, echó a andar, a pasos firmes y sonoros, por la calle Florida en dirección al centro. El "privat-docent", advirtió que, tras su paso, la gente, sobre todo las mujeres, se volvían como para leer algo en su espalda. Supuso que observaban el corte de su levita, proveniente de la Sastrería Académica de Upsala, fundada el mismo año que la Universidad, en 1476, y anotó esa curiosidad como un síntoma favorable a sí mismo y al país.

Cuando llegó al ministerio de agricultura, comenzaban a afluir los empleados. Frente a la pequeña sala de espera, en que se hallaba junto a un afable postulante, el profesor sueco vió pasar cientos y cientos de hombres jóvenes, alegres y elegantes. Admirado del interminable desfile, Herrlin, exclamó:

—¡Cuántos empleados!

—Esto no es nada —repuso el postulante— los otros son muchos más.

—¿Los de otro turno?

—No. Los que no vienen nunca...

Esta respuesta, dió a Herrlin la prueba de que su conocimiento del castellano era todavía deficiente; no se explicó el sentido de las palabras del postulante, ni la sonrisa irónica con que las acompañó. Desconcertado por su primera dificultad idiomática, el "privat-docent" guardó silencio hasta que, ya bien entrada la tarde, pudo ver al secretario del ministro.

Evidentemente, al exponer sus títulos, la misión que se había empeñado en conferirle el gobierno argentino y el objeto de su primera visita, debió expresarse inapropiadamente, a juzgar por el estupor que denotó el secretario.

"¡El profesor Herrlin! ¡El profesor Herrlin!", repetía con pavor, mirando para todos lados, como si quisiese descubrir un lugar donde ocultarlo...

Herrlin llegaba, efectivamente, en el momento más inoportuno. El Departamento de Protección Agrícola, por su monstruoso crecimiento de los últimos meses, había venido a constituir un peligro para el gobierno. Los diputados socialistas, apoyados por muchos representantes del litoral, hallaban desproporcionada la suma de un millón quinientos mil pesos, que se le asignaba en el presupuesto para el año entrante. Su oposición fué irreductible, al punto que el ministro se vió obligado a admitir la diminución de esa partida a 1.450.000 pesos. Y como su posición en el gabinete no era muy segura, indicó a Simón Camilo Sánchez la necesidad de que para evitar la reanudación de los ataques el Departamento diese pocas señales de vida.

El secretario tenía, pues, razón al pretender ocultar al profesor Herrlin. La llegada del sabio volvía a poner en evidencia al Departamento, que quién sabe si podría resistir el fuego cruzado de editoriales y discursos que soportara recientemente sin mucha gallardía.

No atreviéndose a llevar esta mala noticia al malhumorado ministro, el secretario creyó conveniente aplazar el asunto.

Después de recomendarle mucha reserva sobre su arribo y la misión que traía, hasta tanto recibiera órdenes, le dijo en forma de despedida:

—Vea, doctor... Dese una vuelta...

Y se quedó meditando sobre el día conveniente para una entrevista con el ministro.

Pero Herrlin, entendiendo la frase en su sentido directo, creyó que el secretario deseaba admirar el corte de su levita académica, y con el cuerpo rígido, en posición militar, dió, en cuatro tiempos, una vuelta completa. Fué la primera y la más simple que le hizo ejecutar nuestro mecanismo administrativo. De allí en adelante, siguió dando vueltas de órbitas cada vez más complicadas e inútiles, girando y girando en torno de la excelencia ministerial, como un satélite condenado a presentar siempre al centro del sistema una faz de eterno postulante...

Arturo CANCELA.

(De su último libro "El cocobacilo de Herrlin").



¡Vivan los aliados!

Los muchachos de los talleres heliográficos de la sucesión Radaelli no son germanófilos, von Pío Zaldúa. De ahí que en la mañana del muy memorable lunes de la semana anterior — 11 de noviembre, von Hipólito Irigoyen — echaran la casa por la ventana y festejaran empenachando sus copas, la victoria de la democracia sobre la barbarie. En esta fot. se ven algunos. A la derecha, desplazando todo un cuerpo de ejército y luciendo albo guardapolvo, figura el maestro Mateo, jefe de correctores de imprenta, ¡de imprenta, von Leopoldo Bard!



Hipólito.—¿Por qué no habremos roto las relaciones con Alemania?... ¿No te parece que la hemos embarrado?...

Honorio (apuntándose un poroto).—Y la embarraremos siempre... hasta que Vd. no se baje de su "plano superior de abstracciones infinitas" y se guarde sus "patéticas miserabilidades"...

Dib. de Bubuna

Salpicón

La ciencia médica no admite la aclimatación del europeo en las regiones tórridas; a lo sumo éste puede instalarse en ellas provisoriamente, conservando su salud más o menos intacta, a condición de conformarse a reglas de higiene muy estrictas.

Según Poskin no hay raza de tronco europeo adaptada y aclimatada en los trópicos. Algunos europeos consiguen vivir en ellos durante diez, quince o veinte años, pero son la excepción y su organismo envejece prematuramente. Sin embargo, pueden resistir sin perjuicio de su salud, yendo periódicamente a la tierra natal para reponerse.

La escarlatina es rara en los trópicos porque el microbio que la produce no resiste el calor excesivo de esas regiones.

El aire que nos rodea es un cuerpo tan resistente que los meteoritos o piedras del cielo que caen a la superficie de la tierra con una velocidad de 40.000 metros por segundo, al frotar el aire que encuentran y resistir su caída, se calientan al punto de convertirse en luminosos y adquieren una temperatura de 4.000 a 6.000 grados, que basta para fundir la superficie del meteorito.

En estos tiempos en que la mosca es personaje por la atención que suscita, ha de saberse que hubo una época en que no se le atribuía ascendientes conocidos. Decíase que venía de la nada y venía por generación espontánea en su forma de gusano. Un italiano, Redi, quebrantó, en el siglo XVII esta opinión común y por consiguiente la teoría de la generación espontánea, afirmando que los gusanos de la carne no nacen en ella espontáneamente. "Basta—decía—que se cubra la carne con una gasa que impida a las moscas acercarse, para que no aparezcan los gusanos, que son las larvas de las moscas".

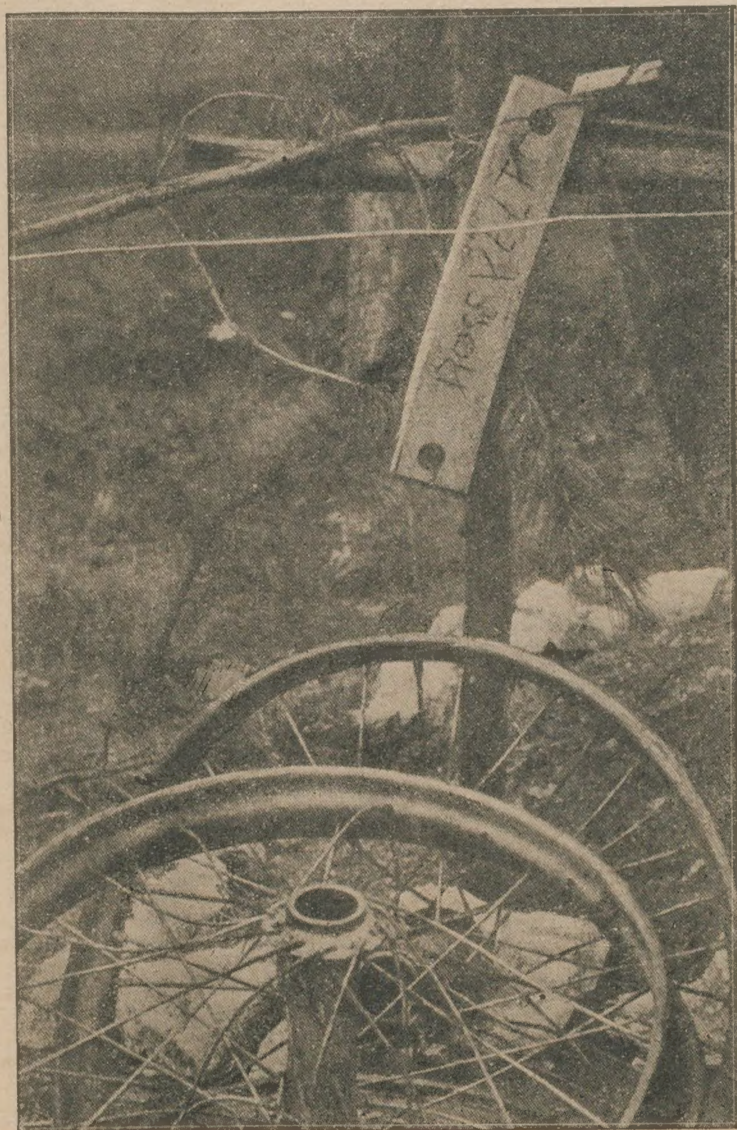
Hay una teoría del alemán Preyer, respecto a la antigüedad de la vida en la Tierra, que es paradojal en cuanto contraría la hipótesis común de que la materia bruta o mineral ha precedido a la materia viviente. "No, —dice Preyer,—la materia bruta no es más que materia muerta; por consiguiente, no puede haber existido antes que la viviente. Y toda la materia no es más que un residuo de seres que han vivido antes. La Tierra, aun en su estado incandescente, estaba poblada de organismos. Es sabido que la creta y muchas rocas sedimentarias no son sino restos de organismos desaparecidos. ¿Por qué la lava, el granito, el basalto, el esquisto no han de ser también restos de pirozoarios, de animales, de metal y de fuego?"



NO ERAN INVENCIBLES, SEÑOR IRIGOYEN



Una columna de prisioneros alemanes tomados por los norteamericanos en uno de los recientes ataques. En general, la expresión de los prisioneros es de contento. A la derecha se ve a numerosos prisioneros descansando.



La tumba del teniente aviador Quentin Roosevelt, enterrado por los alemanes. Las dos ruedas son las de su aparato destrozado.



Un soldado alemán sale del sótano donde se había ocultado y se rinde a un británico.



¡AY, AY, AY!



Una de las muchas escenas que Buenos Aires está presenciando estos días, y que fielmente simbolizan el unánime sentir popular. Traducida la expresión gráfica, significa el alma de un pueblo libre y democrático que, por encima de todas las barreras, se pronuncia abiertamente condenando el brutal atropello de la fuerza y defendiendo los ideales de justicia y libertad. ¡He aquí un "patético" espectáculo que condensa la opinión argentina vanamente sofrenada, señor presidente!

DEMOSTRACIONES PUBLICAS



Otra columna de pueblo, formada en manifestación, con que los habitantes de la república han demostrado elocuentemente su adhesión a los países aliados, entre explosiones de júbilo por el triunfo de la democracia y del derecho.



Notas femeninas





La boga de las mesitas bajas

¿Queréis, mis queridas lectoras, decirme el porqué de esta nueva moda de mesitas tan bajas que casi casi tocan el suelo? Me diréis que las encontráis lindísimas porque es el último capricho de la moda. Conforme, en cuanto a lo del capricho, y voy un poco más allá y os digo que quizás las encontramos monísimas por el contraste que hacen a nuestro lado, haciéndonos aparecer así más altas y esbeltas, y ellas casi a nuestros pies, apareciendo dispuestas a rendirnos más servicios que sus hermanas las altas. En realidad, os diré aquí en confianza que estas nuevas mesas bajitas nos prestan menos servicios, para no decir que ninguno. No se puede ni escribir, ni trabajar, ni comer sobre una mesa baja. Unicamente así, por estas mismas razones, prestándose mal al trabajo, es por lo que se nos presentan como un agradable accesorio del "dolce far niente". En fin, sea lo que sea, estas mesas bajas son de moda y, si no son útiles, son agradables y atrayentes.

Se hacen de todos estilos y de todas las hechuras. Las hay exquisitas, laqueadas de negro con incrustaciones de nácar, que reunen en sí el modernismo más refinado, haciéndolas irresistibles. Por cierto que he visto un modelo que era de estilo antiguo, con todo el encanto de los más lindos bibelots de antaño. Era una pequeña mesita redonda de estilo Luis XVI, bien plantada sobre cuatro pies cuadrados, afinándose abajo, y cuya bandeja o "plateau", de caoba, lucía alrededor una cenefa de bronce calada, tal como las antiguas "mesas-bouillottes" de aquel tiempo.

Segura estoy de que nuestro modelo, que figura bajo el número 4, fué inspirado en recuerdo de ella. Sería lindo hacer este mismo "plateau" con un espejo, donde se reflejarían, como en un estanque minúsculo, las flores que lo adornasen.

En ninguna otra parte, creo yo, las flores resultan tan bellas como sobre una mesa baja, siempre que vayan dispuestas en ramos flexibles, dentro de un vaso de forma alargada, como el grabado 4, o que vayan apretadas en una copa o recipiente bajo, pues se las verá mejor que en cualquier otra forma.

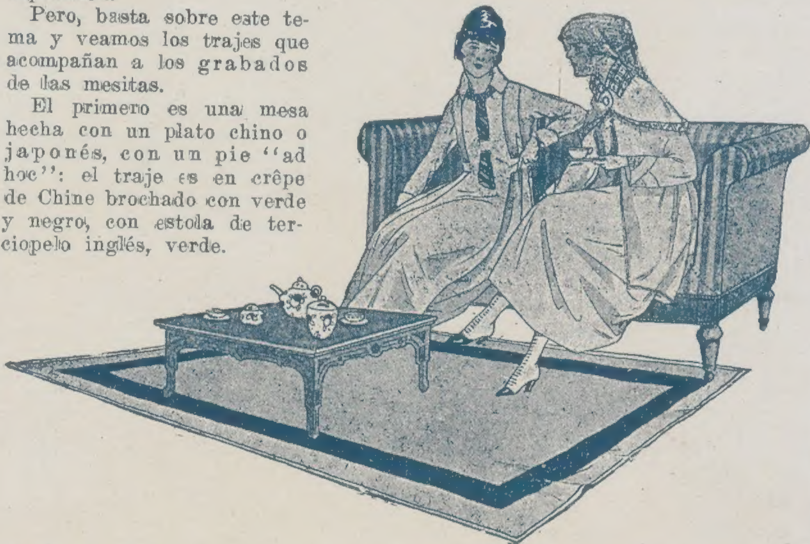
Se hacen mesas rústicas y prácticas que sirven para los salones, hall y para los jardines de verano, en mimbre trenzado, tal como se ve en la figura núm. 3, o parecidas a los bancos de madera Trianon.

Como modelo exótico, aquí tenéis el núm. 1, que veréis bajo la forma de un "plateau" de porcelana de China, reproducción exacta de uno auténtico, que luce varios compartimentos, los que sirven allí para reunir todo lo necesario de los múltiples condimentos de la complicada cocina china. Así, nosotros los occidentales, podemos emplearlas con sus comodidades pero separando en compartimentos todas las golosinas que generalmente se ofrecen para la hora del té. Podéis procuraros uno de estos "plateaux" en todos los bazares de porcelanas de China y Japón y después hacerlos montar sobre un pie de madera de las islas, teniendo cuidado que sus dimensiones se armonicen con su carácter o estilo.

¿No encontráis, queridas lectoras, que el té de muñecas que veis en el grabado 2, evoca una impresión de intimidad que difícilmente se puede una imaginar fuera tan atrayente dentro de cualquier otra decoración que no sea esta? Flores y golosinas, ya lo veis, son los accesorios de nuestros recreos, que soportan las mesas bajas. Sin embargo, también pueden llevar el cesto de labor, el libro predilecto para la hora de la siesta, pero para cortar o escribir debemos volver a las mesas altas, por resultar de más comodidad.

Como las proporciones y las formas de las mesas bajas varían hasta lo infinito, por haber redondas, ovaladas, cuadradas, rectangulares, etcétera, etc., muy chicas o medianas, se pueden tener varias en una misma habitación, sin que por eso produzca un efecto de monótona repetición.

Pero, basta sobre este tema y veamos los trajes que acompañan a los grabados de las mesitas.



El primero es una mesa hecha con un plato chino o japonés, con un pie "ad hoc": el traje es en crêpe de Chine brochado con verde y negro, con estola de terciopelo inglés, verde.

Segundo grabado: mesa en laqué rojo; toilette en kaska verde "billard", con corbata regata de faya negra. El otro es un tailleur de terciopelo de lana azul-verde, adornado con género de seda escocés, en el mismo tono.



Tercer grabado: mesa de verano, en mimbre japonés, así como el sillón; la toilette de la señora joven es en faya verde, con adorno de cinta en el mismo tono.

Cuarto grabado: mesa-"plateau" con cenefa de bronce colado sobre pies de caoba; traje de interior en voile color paja, con rosas impresas; falda plegada, en "voile" liso.

Tanto os he hablado de los dichosos "gilets" de moda que he reunido en esta crónica unos cuantos de los más variados, para que os sirvan de guía.

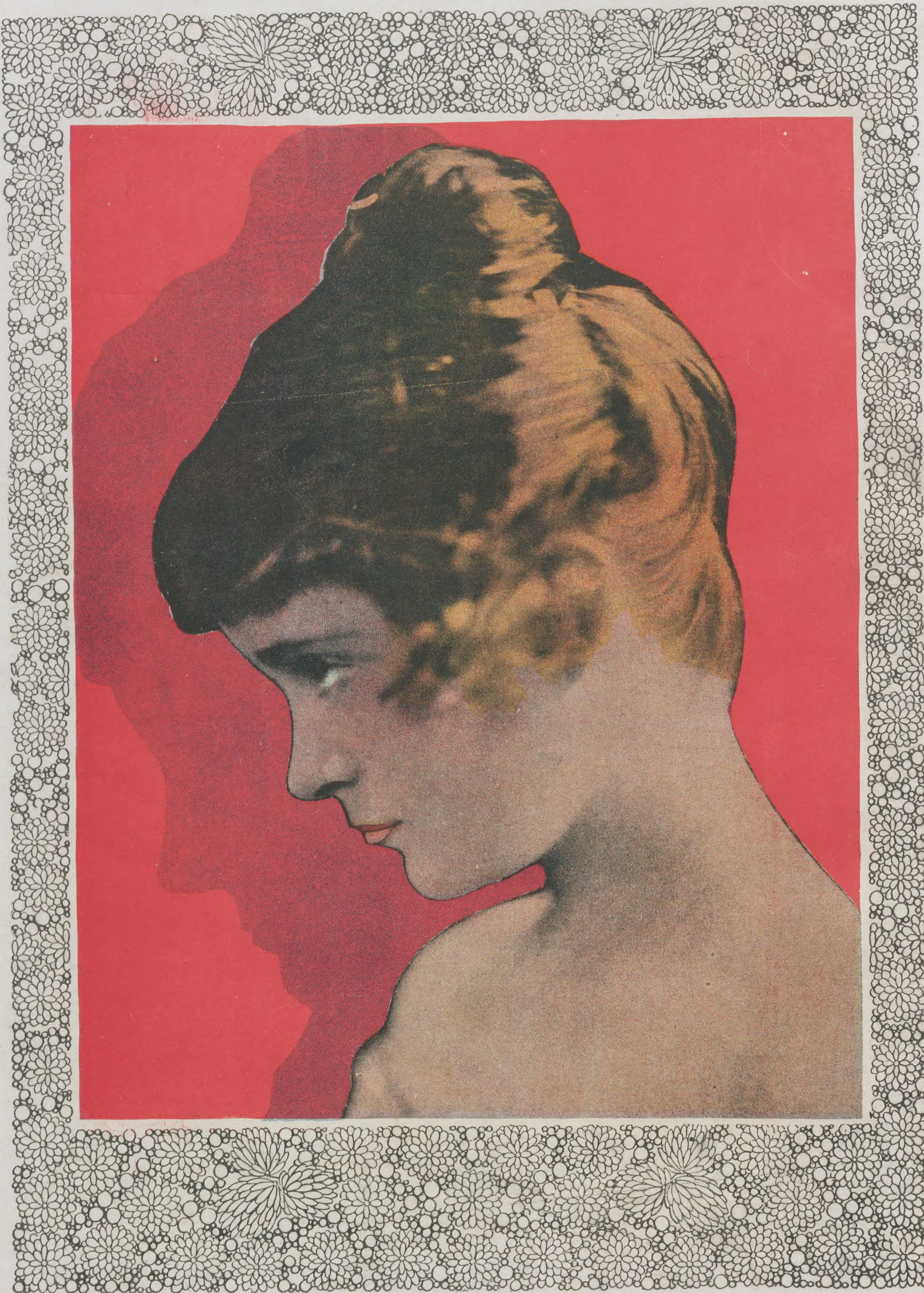
Empecemos por el de la izquierda, que es a propósito para llevar con chaqueta, siendo hecha en cachemir bordado. El que sigue es en jersey claro, bordado al punto de "tige". El de al lado es en seda brochada o bien bordado a mano, en "semis". Las solapas y bies son en seda lisa.

Muy lindo también es el "gilet" de lencería, en linón de hilo, adornado con una "grille" de Irlanda.

En fin, el último es también de lencería; en batista blanca combinada con otra de color e hilera de botones redondos, en nácar.

A. de DAUMONT.

Talleres heliográficos de Ricardo Radaelli, Paseo Colón, 1266. — Buenos Aires



MAE MARSH